

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
FACULTAD DE TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN  
GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN  
Trabajo de Fin de Grado



# LA EPONIMIA EN EL LENGUAJE CIENTÍFICO

Razones de su existencia y principales  
problemas que plantea

Carolina Esteban Arrea

Tutora: Bertha Gutiérrez Rodilla

Salamanca, 2012



## **Resumen**

Los epónimos han formado parte del lenguaje desde tiempos inmemoriales, y son especialmente abundantes en los lenguajes de especialidad. Con el fin de ofrecer una visión amplia del lugar que ocupan en el lenguaje científico, nos centraremos en cuatro campos del conocimiento: la medicina, la química, las matemáticas y la economía. Partiendo de la obra del sociólogo Robert K. Merton sobre la función de los epónimos en el sistema de reconocimiento de la ciencia como institución social, analizaremos si los epónimos reflejan de manera fiel la realidad histórica de los descubrimientos científicos. Todo ello tiene un impacto importante en la traducción, puesto que las pugnas eponímicas por la prioridad de los descubrimientos entre naciones han dado lugar a una gran variación eponímica que no sigue ninguna lógica, lo cual supone un verdadero problema para el traductor.

## **Palabras clave**

Epónimo, lenguaje científico, descubrimiento científico, sociología de la ciencia, traducción científica

## **Abstract**

Eponyms have been part of language since time immemorial, and they are particularly abundant in specialized languages. In order to offer a broad view of the place of eponyms in scientific language, we will focus on four domains: medicine, chemistry, mathematics and economics. Basing our arguments on Robert K. Merton's work on the role that eponyms play in the recognition system of science as a social institution, we will analyze whether eponyms accurately reflect the historical reality of

scientific discoveries. All this has a relevant impact in translation, as eponymic fights over priority of discoveries among nations have given way to a wide eponymic variation which does not follow any logic, a fact that represents a problem for translators.

**Key words**

Eponym, scientific language, scientific discovery, sociology of science, scientific translation

## ÍNDICE

| <i>Capítulo</i>  | <i>Página</i> |
|--|---------------|
| 1. INTRODUCCIÓN.....   | 8             |
| 2. LA EPONIMIA EN EL LENGUAJE CIENTÍFICO.....  | 11            |
| 2.1. <i>Qué son los epónimos</i> .....   | 11            |
| 2.2. <i>Formación y origen de los epónimos</i> .....   | 11            |
| 2.3. <i>Panorama general del uso de los epónimos en el lenguaje científico</i> .....                     | 12            |
| 2.4. <i>Problemas que plantean: sinonimia y polisemia</i> .....  | 16            |
| 3. EL DEBATE SOBRE EL USO DE LOS EPÓNIMOS EN EL LENGUAJE CIENTÍFICO: ARGUMENTOS A FAVOR Y EN CONTRA..... | 17            |
| 3.1. <i>Argumentos a favor</i> .....   | 18            |
| 3.2. <i>Argumentos en contra</i> .....   | 20            |
| 4. LA EPONIMIA EN DISTINTOS CAMPOS DE LA CIENCIA.....  | 24            |
| 4.1. <i>Medicina</i> .....   | 24            |
| 4.1.1. <i>Panorama general de los epónimos en medicina</i> .....   | 24            |
| 4.1.2. <i>Formación de los epónimos en medicina</i> .....  | 25            |
| 4.1.3. <i>Los epónimos en medicina y la realidad histórica de los descubrimientos</i> .....              | 26            |
| 4.1.3.1. <i>Síndrome de Guillain-Barré-Strohl</i> .....  | 26            |
| 4.1.3.2. <i>Enfermedad de Graves-Basedow</i> .....   | 27            |
| 4.1.3.3. <i>Síndrome de Claude Bernard-Horner</i> .....  | 27            |
| 4.2. <i>Química</i> .....  | 29            |
| 4.2.1. <i>Los epónimos en química</i> .....  | 29            |

|   |    |
|---|----|
| 4.2.2. Polémica en torno a los epónimos en química.....   | 29 |
| 4.2.2.1. Vanadio.....   | 30 |
| 4.2.2.2. Niobio y tantalio.....   | 31 |
| 4.2.2.3. <i>Moseleyum</i> .....   | 32 |
| 4.2.2.4. Curio.....   | 33 |
| 4.2.2.5. Guerras del Transfermio.....   | 33 |
| 4.2.3. La IUPAC y las normas para la denominación de los elementos<br>químicos.....                         | 35 |
| 4.3. <i>Matemáticas</i> .....   | 36 |
| 4.3.1. Panorama de los epónimos en matemáticas.....   | 36 |
| 4.3.2. Formación de los epónimos en matemáticas.....  | 37 |
| 4.3.3. Polémica en torno a los epónimos en matemáticas.....   | 38 |
| 4.3.3.1. Controversia Tartaglia-Cardano.....  | 38 |
| 4.3.3.2. Controversia L'Hôpital-Bernouilli.....   | 39 |
| 4.4. <i>Economía y finanzas</i> .....   | 41 |
| 4.4.1. Panorama general de los epónimos en economía y finanzas.....   | 41 |
| 4.4.2. Características de los epónimos en economía.....   | 42 |
| 4.4.3. Controversias eponímicas en economía.....  | 44 |
| 4.4.3.1. Ecuación de Black-Scholes.....   | 46 |
| 4.4.3.2. Modelo de Arrow-Debreu.....  | 46 |
| 4.5. <i>A modo de resumen: la naturaleza de los descubrimientos científicos y la<br/>    eponimia</i> ..... | 46 |
| 5. LA TRADUCCIÓN DE LOS EPÓNIMOS.....   | 49 |
| 5.1. <i>Introducción</i> .....  | 49 |

|   |    |
|---|----|
| 5.2. <i>Problemas de traducción derivados de diferencias entre países</i> ..... | 50 |
| 5.3. <i>Sinonimia</i> .....   | 52 |
| 5.4. <i>Polisemia</i> .....   | 53 |
| 5.5. <i>Aspectos ortográficos</i> .....   | 53 |
| 6. CONCLUSIONES.....  | 54 |
| BIBLIOGRAFÍA.....   | 56 |

*“En España con la excepción de Cajal, no hemos tenido grandísimos científicos, ni tampoco otros que aunque no fuesen tan excepcionales dejaran no obstante recuerdo en la historia y en el lenguaje. Científicos como Volta, Galvani, Ohm, Ampère, Watt o Jule en cuya memoria se han construido términos como voltio, galvanizar, ohmio, amperio, vatio o julio. Si en nuestros laboratorios de la segunda mitad del siglo XX hubiese florecido la física del estado sólido, tal vez el mundo no hablaría de “chips” sino de “oblas”, “fichas” o “tabletas”. Y “bit” sería “dib” (de dígito binario)”.*

*(J.M. Sánchez Ron, de su Discurso de entrada en la RAE, octubre, 2003)<sup>1</sup>*

## **1. INTRODUCCIÓN**

Epónimo proviene del vocablo griego επι- (epi = encima, sobre) y ὄνομα (onomos = nombre). El diccionario de la Real Academia Española define un epónimo como “el nombre de una persona o de un lugar que designa un pueblo, una época, una enfermedad, una unidad, etc.”<sup>2</sup>

Muchos de los epónimos que utilizamos hoy en día provienen de la época en que surgió la ciencia moderna, en torno a los siglos XVI-XVII, que es cuando se produjo la llamada revolución científica. Sin embargo, la eponimia no es un fenómeno reciente, sino que se lleva produciendo desde la Antigüedad. De hecho, algunos de los epónimos más antiguos datan del primer y segundo milenio antes de Cristo. No hay más que fijarse en el calendario de los asirios en el que cada año estaba asociado a un *limmu*, es

---

<sup>1</sup> SÁNCHEZ RON, J. M. (2003).

<sup>2</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001), s. v. ‘Epónimo’.



decir, a un funcionario de la corte. Se han conservado listas de epónimos con esta utilidad, algunas de las cuales se remontan al año 1200 a.C.<sup>3</sup>

Podemos decir que nos encontramos ante un fenómeno muy extendido y que ha existido durante gran parte de la historia de la humanidad. Por otro lado, el uso de epónimos no se limita exclusivamente al área de la ciencia, que es en la que nos centraremos fundamentalmente a lo largo de este trabajo, sino que estos también se asignan con frecuencia a todo tipo de realidades. La eponimia geográfica es particularmente abundante, pues se asocian nombres de personas a calles (“calle del Duque de Fernán Núñez” en Madrid), ríos (“río Hudson” en homenaje al explorador inglés Henry Hudson), montañas (“Everest” en honor a Sir John Everest), ciudades (“Alejandría” en honor a Alejandro Magno), países (“Bolivia”), aeropuertos (“Aeropuerto Internacional Charles de Gaulle”, “Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México Benito Juárez”), etc. En cualquier otro ámbito de la vida, también podemos encontrar epónimos; por ejemplo, en los meses (“julio” proviene del emperador Julio César y “agosto” de Augusto César), en los días de la semana (“martes”, de Marte; “miércoles”, de Mercurio...), en el ámbito culinario (la famosa tarta de chocolate vienesa, la “tarta Sacher”, recibe su nombre de Franz Sacher, pastelero austríaco) y en cualquier elemento de la cultura popular (sin ir más lejos, el “saxófono” recibe el nombre de Adolphe Sax). De hecho, es un fenómeno tan frecuente, que algunos epónimos ya no llevan mayúscula, puesto que se han incorporado completamente al lenguaje del día a día.

Aunque los epónimos están presentes en todos los campos del conocimiento y de la vida, el campo de estudio de este trabajo serán los epónimos científicos. En ciencias,

---

<sup>3</sup> LIVERANI, M. (2008), p. 33.

es extremadamente común que los descubridores bauticen con su apellido teorías, teoremas, leyes, hipótesis (“ley de Pareto”, “teorema de Pitágoras”, “hipótesis de Riemann”), enfermedades y síndromes (“síndrome de Turner”, “síndrome de Klinefelter”), inventos (“mechero Bunsen”, “motor Diesel”), etc. Este fenómeno está tan extendido que incluso hay quien se refiere a él como *eponymophilia*<sup>4</sup>. En el campo de las humanidades, no está tan extendido, pues a los pintores, músicos y artistas en general, al contrario de lo que ocurre con los profesionales de otras ciencias, se les homenajea en menor medida con epónimos.

A lo largo de este trabajo ilustraremos el lugar que ocupan los epónimos en el lenguaje científico, basándonos en cuatro ámbitos científicos: la medicina, la química, las matemáticas y por último, la economía. Tras analizar la obra del famoso sociólogo Robert K. Merton sobre el papel que desempeñan los epónimos en el sistema de reconocimiento de la ciencia, estudiaremos si estos representan de manera fiel la realidad histórica de los descubrimientos. Todo esto nos llevará a enfrentarnos a la complejidad del proceso de descubrimiento en sí y su historia. Planteado desde una perspectiva internacional, este hecho tiene importantes consecuencias para la traducción, ya que las pugnas de prioridad entre las naciones han hecho que numerosos epónimos sean diferentes en distintos países, lo que supone una verdadera pesadilla para el traductor, preocupado por realizar correctamente su trabajo.

---

<sup>4</sup> MATTESON, E. L.; WOYWODT, A. (2006), p. 1328.

## 2. LA EPONIMIA EN EL LENGUAJE CIENTÍFICO

### 2.1. *Qué son los epónimos*

En los epónimos, como ya hemos mencionado anteriormente, el significado se asocia con el nombre propio de un científico, un descubridor, un inventor, un dios mitológico, una ubicación geográfica, un personaje literario... Los más comunes, como ya hemos indicado, son los que se construyen a partir del nombre de un investigador en homenaje a su labor en tanto en cuanto contribuye significativamente al avance de la ciencia. Por mencionar algunos ejemplos: “trompas de Falopio” (< Gabrielle Falloppio, anatomista del siglo XVI), “glomérulo de Malpigi” (< Marcelo Malpigi, médico italiano del siglo XVII), “vatio” (< James Watt, matemático e ingeniero escocés de los siglos XVIII-XIX), “pasteurización” (< Louis Pasteur, químico francés del siglo XIX), “ley de inducción electromagnética de Faraday” (< Michael Faraday, físico y químico británico de los siglos XVIII-XIX), “ley de Avogadro” (< Amedeo Avogadro, físico y químico italiano del siglo XIX)...

### 2.2. *Formación y origen de los epónimos*

De acuerdo con Gutiérrez Rodilla<sup>5</sup>, los epónimos se pueden formar de varias maneras, principalmente de dos. La primera consiste en asociar el nombre de una persona o de un lugar con el significado del epónimo utilizando el genitivo *de* en castellano, creando de este modo una lexía compleja (“teorema de Laplace”, “ley de Ohm”, “fiebre de Crimea”, “síndrome de Klinefelter”...). Otra de las maneras de crear epónimos se basa en utilizar el nombre del inventor, descubridor, etc. como raíz que sirve de punto de partida para acuñar otras palabras y convertir un nombre propio en

---

<sup>5</sup> GUTIÉRREZ RODILLA, B. (1998), p. 115.

común (“bartonela” < Alberto Leonardo Barton, “salmonela” < Daniel Elmer Salmon, “leishmania” < Sir William B. Leishman...). Esto también es aplicable a la creación de adjetivos y verbos mediante la adición de sufijos (“psicología freudiana”, “geometría euclidiana”, “farádico”, “pasteurizar”...).

Ahora bien, los epónimos no se ciñen exclusivamente a los nombres de los científicos o descubridores, sino que también proceden de otros ámbitos. Por ejemplo, la mitología griega es una fuente inagotable de epónimos, especialmente en las ciencias de la conducta, aunque no exclusivamente, como el “síndrome de Ulises”, el “complejo de Aquiles”, los “fármacos afrodisíacos”, “higiene” (< Higieia)... La literatura también ha dado origen a multitud de epónimos científicos, como el “quijotismo”, el “bovarismo”, el “síndrome de Alicia en el país de las maravillas”...<sup>6</sup> Asimismo, hay epónimos geográficos, como el “síndrome de Estocolmo”, el “lesbianismo” (< Lesbos), el “niño salvaje de Aveyron”, el “americium” (< América)... La tradición bíblica y la historia también desempeñan una función nada desdeñable a la hora de acuñar epónimos, como “complejo de Caín”, “complejo de Esaú-Jacob”, “masoquismo” (< Leopoldo de Sacher-Masoch)... Por último, también es muy frecuente que personajes célebres den nombre a lugares, como “Filipinas” (< Felipe II), “Repúblicas Bolivarianas” (< Simón de Bolívar), “Atenas” (< diosa Atenea)...

### 2.3. *Panorama general del uso de los epónimos en el lenguaje científico*

Está claro que la eponimia está muy extendida en el lenguaje científico. No hay más que echar un vistazo a la cantidad de diccionarios enteramente dedicados a la recopilación de epónimos en el lenguaje de las ciencias. Ahora bien, a pesar de esta

---

<sup>6</sup> Sobre este tema *vid.* BUDRYS, V. (2005) y GUTIÉRREZ RODILLA, B. (2003).

exuberancia de términos eponímicos, la eponimia es un fenómeno cuando menos polémico, y cada vez son más las voces que abogan por la sustitución de los epónimos por términos normalizados, especialmente en medicina, aunque no exclusivamente.

En ciertos campos, la eponimia tiene mejor acogida, como el de la historia natural, cuya nomenclatura se basa en un sistema de denominación binomial, y en el que se acepta que el descubridor de una especie la bautice con su nombre. Por ejemplo, *Escherichia coli* proviene de Theodor Escherich, pediatra que se dedicó al estudio de la bacteriología. Darwin también quedó inmortalizado en multitud de epónimos referidos a especies animales y vegetales, como *Rhinoderma darwini* o “ranita de Darwin”, *Tarentola darwini* o “salamanquesa de Darwin”, *Cyttaria darwini* u “hongo de Darwin”...

En los campos de la física y las matemáticas, los investigadores se muestran más indiferentes en lo que respecta a la terminología. No existe una regulación terminológica como tal, al contrario de lo que ocurre en química, donde la IUPAC (*International Union of Pure and Applied Chemistry*) ha establecido unas reglas básicas de nomenclatura.

La eponimia, al contrario de lo que pueda parecer, no es un fenómeno de moda, pasajero, sino que está bien asentado, a pesar de las críticas que recibe. Como afirma Chukwu:

[...] si le procédé se maintient dans ce climat a priori défavorable, c'est d'abord parce qu'il étend considérablement la capacité de dénomination des langues naturelles en mettant à leur disposition tout le répertoire des patronymes en nombre quasi illimité. Son maintien s'explique aussi par le fait qu'il participe au processus de régulation interne de la science en permettant à celle-ci de reconnaître les mérites des siens<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> CHUKWU, U. (1996), p. 590.

Chukwu<sup>8</sup> defiende que si los epónimos continúan siendo un fenómeno productivo, a pesar de la polémica que gira en torno a su uso, es porque ofrecen más posibilidades de denominación que otros procedimientos. Por ejemplo, en matemáticas, los epónimos proporcionan infinitas posibilidades (nombre genérico + nombre propio), así como en historia natural, en lo que respecta a la denominación de especies. En cuanto al campo de la medicina, los epónimos son especialmente útiles a la hora de acortar nombres técnicos excesivamente largos.

Además, los epónimos, según Chukwu<sup>9</sup>, desempeñarían otra función importante en ciencia: cuando el epónimo lo acuñan científicos colegas del descubridor, sirve para reconocer los méritos de los científicos que contribuyen de manera significativa al progreso de una disciplina. Se trataría, pues, de un sistema para incentivar a los investigadores a dar lo mejor de sí. Cuando, por el contrario, el epónimo lo acuña el propio descubridor, el proceso se inscribe más bien en el marco de la lucha por el poder científico y pasaríamos a hablar de las reivindicaciones por la prioridad del descubrimiento.

En relación con lo que estamos señalando, de acuerdo con Merton<sup>10</sup>, la ciencia en tanto que institución social establece un sistema de reconocimiento a los investigadores que han realizado contribuciones originales y han permitido que el conocimiento avance de manera significativa. De ahí que el reconocimiento de la prioridad de los descubrimientos sea un elemento clave en la comunidad científica. Una de las formas de reconocimiento de más tradición y de mayor peso es precisamente la eponimia, de tal manera que los científicos dejan su impronta en todos los lenguajes

---

<sup>8</sup> *Id.*, p. 595.

<sup>9</sup> *Id.*, p. 596.

<sup>10</sup> MERTON, R. K. (1957), p. 642.

científicos del mundo. Hay científicos cuyo trabajo se considera tan relevante para el progreso del pensamiento científico universal o han ejercido tanta influencia que incluso han dado nombre a periodos completos de la historia, como es el caso de Newton (“física newtoniana”, “leyes de Newton”, “binomio de Newton”, la unidad de fuerza del SI “newton”), Darwin (“darwinismo”), Freud (“pensamiento freudiano”)...<sup>11</sup> Además, Merton distingue otra forma particular de reconocimiento que consiste en que una disciplina recibe el nombre del científico que primero le dio forma (“medicina Hipocrática”, “lógica Aristotélica”, “álgebra booleana”...). Incluso, en algunos casos, al científico no solo se le recuerda por los descubrimientos que logró realizar, sino también por los que no logró, como es el caso de “geometría euclídea” y “geometría no euclídea”<sup>12</sup>.

Sin embargo, a pesar de lo dicho, los epónimos no siempre reflejan de manera adecuada quiénes fueron los descubridores originales de una determinada enfermedad, una ley, un teorema...; algo que ha dado lugar precisamente a tres epónimos que designan tres ideas paradójicas sobre la eponimia:

#### 1. La ley de Stigler

La ley de Stigler establece lo siguiente: “ningún descubrimiento científico recibe el nombre de su descubridor original”<sup>13</sup> y fue formulada por el estadístico estadounidense, Stephen Stigler, aunque él mismo reconoce que fue el sociólogo estadounidense Robert K. Merton quien llegó a esta conclusión antes que él, ejemplificando de manera consciente la ley de Stigler con el nombre de la ley.

---

<sup>11</sup> *Id.*, p. 643.

<sup>12</sup> *Ib.*

<sup>13</sup> STIGLER, S. M. (1980), p. 147.

## 2. El efecto Mateo

El efecto Mateo es un concepto acuñado por Merton en 1968. Postula que los científicos prestigiosos reciben más crédito por sus aportaciones en comparación con investigadores de menor relevancia y reconocimiento científico, aunque el trabajo realizado sea similar. En conclusión, normalmente se reconoce el mérito de los investigadores ya famosos<sup>14</sup>.

## 3. La ley de Boyer

Esta ley establece que los teoremas y fórmulas matemáticas normalmente no reciben el nombre de sus descubridores originales<sup>15</sup>. Postula lo mismo que la ley de Stigler, pero su ámbito de aplicación se limita al campo de las matemáticas.

### 2.4. *Problemas que plantean: sinonimia y polisemia*

Dos de los inconvenientes más notorios tradicionalmente asociados a los epónimos son la sinonimia y la polisemia, que muchos investigadores han utilizado como base para sus argumentos en contra del uso de los epónimos en el lenguaje científico. Por “sinónimo” se entiende “un vocablo o una expresión que tiene una misma o muy parecida significación que otro”<sup>16</sup>. La sinonimia es un fenómeno ampliamente asociado a la eponimia, a pesar de oponerse a uno de los principios fundamentales del lenguaje científico, que es la univocidad, es decir, que por cada concepto haya un único término. Este fenómeno es particularmente frecuente en medicina, dándose el caso, incluso, de que una enfermedad pueda denominarse con 20 ó 30 sinónimos diferentes. Esta abundancia excesiva de voces para designar un solo

---

<sup>14</sup> MERTON, R. K. (1968).

<sup>15</sup> KENNEDY, H. C. (1972).

<sup>16</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001), s. v. “Sinónimo”.



concepto está íntimamente relacionada con los complejos mecanismos que hay detrás de todo descubrimiento y que analizaremos detalladamente más adelante. Un ejemplo característico es la sinonimia que existe entre los epónimos que se emplean para designar el bocio exoftálmico, debido a las diferentes denominaciones que existen en cada país para la enfermedad: “enfermedad de Graves”, “enfermedad de Basedow”, “enfermedad de Flajani”, “enfermedad de Basedow-Graves”, “enfermedad de Graves-Basedow”, “enfermedad de Parry” y “enfermedad de Parsons”.

Por “polisemia” se entiende la “pluralidad de significados de una palabra o de cualquier signo lingüístico”<sup>17</sup>. Por ejemplo, es bien conocido que en el lenguaje médico, la expresión eponímica “signo de Babinski” está asociada con varios signos neurológicos distintos. Otros ejemplos de interés podrían ser la “enfermedad de Abrami”, que tiene tres acepciones distintas: se puede referir a la “ictericia hemolítica adquirida”, al “síndrome enterohepático” y a la “poliesclerosis”; o la “enfermedad de Charcot”, que puede significar “claudicación intermitente”, “esclerosis lateral amiotrófica”, “artropatía diabética” o bien “reumatismo articular crónico”<sup>18</sup>.

### **3. EL DEBATE SOBRE EL USO DE LOS EPÓNIMOS EN EL LENGUAJE CIENTÍFICO: ARGUMENTOS A FAVOR Y EN CONTRA**

El uso de epónimos en el lenguaje científico no es una cuestión neutral, sino que, en mayor o menor medida, ha generado multitud de debates entre los investigadores de casi la totalidad de ámbitos científicos. Hay algunos que defienden el uso de epónimos como una parte esencial del lenguaje de las ciencias, mientras que existe una tendencia cada

---

<sup>17</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001), s. v. “Polisemia”.

<sup>18</sup> ALEIXANDRE BENAVENT, R.; AMADOR ISCLA, A. (2001), p. 174.

vez más acusada que aboga por la eliminación de los epónimos del lenguaje científico y propone su sustitución por un lenguaje normalizado y más afín a los propósitos que persigue la ciencia. A continuación, detallamos los argumentos que defienden unos y otros.

### 3.1. *Argumentos a favor*

Los epónimos se han impuesto para bien o para mal en el lenguaje científico, debido a la tradición y al uso continuado de los mismos, y han demostrado su utilidad en muchos ámbitos. En efecto, su empleo facilita la comunicación entre especialistas, puesto que son económicos desde el punto de vista lingüístico. Suelen ser sencillos y descriptivos, y en ocasiones resultan más fáciles de utilizar que los términos acuñados según las recomendaciones de la nomenclatura científica. De este modo, se facilita, a su vez, la comunicación entre especialistas de distintos países y especialidades<sup>19</sup>.

Asimismo, los epónimos proporcionan una perspectiva histórica de las diferentes especialidades científicas, puesto que arrojan luz sobre el conocimiento que existía en épocas pasadas, la evolución del mismo y el conocimiento actual que existe en una determinada ciencia. Además, fomentan el interés por la biografía de los científicos propulsores de las innovaciones científicas, el contexto histórico en el que se desarrolló su investigación, y de esta manera, es posible alcanzar una mayor comprensión de la historia de las ciencias y el proceso de los descubrimientos. En definitiva, los epónimos ponen de manifiesto la faceta más humana y humanística de la investigación científica<sup>20</sup>. Como afirma Goic, para el caso de la medicina:

---

<sup>19</sup> GONZÁLEZ-LÓPEZ, E. (2010), p. 703.

<sup>20</sup> GARFIELD, E. (1983), p. 388.

[...] en el simple enunciado de un epónimo existe un vacío intelectual perturbador si no lo vinculamos al conocimiento de la biografía de su autor, su nacionalidad, su especialidad, las circunstancias de su vida y de la medicina de su época<sup>21</sup>.

Otro argumento que se esgrime a favor del uso de epónimos, por ejemplo en el ámbito médico, es que ocultan aspectos desagradables de una enfermedad, es decir, actúan como elementos eufemísticos. Así, se prefiere emplear “síndrome de Down” en lugar del término “mongolismo”, con el propósito de evitar las connotaciones racistas. De la misma manera, es más sensible emplear la expresión “síndrome de Hurler” que “gargolismo”. También se prefiere el uso de “enfermedad de Hansen” a “lepra”<sup>22</sup>.

Muchos argumentan que las denominaciones científicas y los términos técnicos suelen resultar áridos, farragosos y poco esclarecedores, especialmente para los profanos en la materia. Por otro lado, la mayoría de los científicos carece de la formación lingüística necesaria para crear denominaciones científicas derivadas de las lenguas clásicas. Los epónimos contribuirían, de este modo, a simplificar denominaciones excesivamente largas de origen grecolatino<sup>23</sup>. Por ejemplo, es más fácil y rápido decir “enfermedad de Brocq” que “eritrodermia congénita ictiosiforme del recién nacido”. Asimismo, en ocasiones los epónimos suponen una ventaja semántica frente a sus sinónimos no eponímicos, como es el caso de “afasia de Wernicke”, cuyos sinónimos son excesivamente numerosos, no siempre son correctos y no son tan conocidos: “afasia receptiva auditiva”, “agnosia verbal auditiva”, “afasia sensitiva cortical”, “sordera para las palabras cortical”, “afasia de recepción”, “afasia sensitiva”, “afasia temporal” y “sordera para las palabras”<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> GOIC G. A. (2009), p. 1509.

<sup>22</sup> WRIGHT, V. (1991), p. 1600.

<sup>23</sup> GARFIELD, E. (1983), p. 388.

<sup>24</sup> EZPELETA, D. (2006), p. 53.

Una de las funciones principales de los epónimos es homenajear a un descubridor relevante e inmortalizar su nombre en señal de reconocimiento. Según algunos autores, como Merton<sup>25</sup>, los epónimos, en tanto que elementos clave de la ciencia como institución, constituyen la mayor señal de reconocimiento que puede recibir un científico.

Por último, los epónimos dan pie a que surjan debates sobre el origen de un descubrimiento. En efecto, a lo largo de la historia no han sido pocas las luchas por la atribución de un determinado descubrimiento. Según algunos autores, estas diferencias precisamente desencadenan debates que son enriquecedores para la comunidad científica, puesto que fomentan la reflexión sobre los procesos de tales descubrimientos<sup>26</sup>.

### 3.2. *Argumentos en contra*

Otros autores consideran que el uso de los epónimos no está justificado, y por tanto, ven necesario realizar un esfuerzo consciente para evitar su uso y con ello, erradicarlo. En su lugar, opinan que sería más oportuno utilizar términos construidos de acuerdo con la nomenclatura científica normalizada. Tal es el caso de Woywodt y Matteson<sup>27</sup>, los cuales enumeran diferentes razones para desincentivar, y en último término, erradicar el uso de los epónimos en medicina. En primer lugar, afirman que los epónimos asociados al régimen nazi resultan inapropiados. Tomando el ejemplo de Hans Reiter, durante años el epónimo “síndrome de Reiter” había pasado desapercibido, pues nadie se había preocupado de estudiar la vida del hombre que dio nombre al

---

<sup>25</sup> MERTON, R. K. (1957), p. 642.

<sup>26</sup> WRIGHT, V. (1991), p. 1601.

<sup>27</sup> WOYWODT, A.; MATTESON, E. L. (2007).

síndrome. Cuando se descubrió su vinculación con el régimen nazi, comenzaron a plantearse debates en el seno de la comunidad médica sobre si era ético mantener el epónimo<sup>28</sup>. Algo parecido sucedió con el epónimo “granulomatosis de Wegener”, que hace referencia a una enfermedad descrita por primera vez por Friedrich Wegener, cuya vinculación con el régimen nazi fue descubierta recientemente<sup>29</sup>. Lo mismo ocurre con el epónimo “célula de Clara”, que también ha generado polémica. Al parecer, Max Clara en un artículo publicado en 1937 afirma que el tejido celular que estudió para el descubrimiento de la célula de Clara lo obtuvo de un prisionero ejecutado por el régimen de justicia nazi<sup>30</sup>. Últimamente, se han realizado numerosas investigaciones sobre esta cuestión, y los datos son muy elocuentes: existen multitud de epónimos asociados a investigadores del régimen nazi. A modo de ilustración, podemos mencionar el trabajo de Kondziella<sup>31</sup>, que ha recopilado al menos treinta epónimos neurológicos asociados con esta era (“enfermedad de Hallervorden-Spatz”, “enfermedad de Seitelberger”...). La dermatología es otro campo en el que este tipo de epónimos también abundan (“síndrome de Apert”, “síndrome Curth-Macklin”, “nevus arácnico de Eppinger”, “granulomatosis de Wegener”...) <sup>32</sup>. En definitiva, los epónimos asociados al régimen nazi son muy numerosos, y tienen unas connotaciones que han incitado a muchos a poner en duda la idoneidad de su uso común en el lenguaje médico<sup>33</sup>.

Otro argumento que esgrimen los autores que se muestran en contra del uso de los epónimos es que, en realidad, no reflejan de manera precisa los descubrimientos científicos y no reconocen el mérito de muchas personas, mientras que sobreestiman las

---

<sup>28</sup> KEYNAN, Y.; RIMAR, D. (2008).

<sup>29</sup> WOYWODT, A.; MATTESON, E. L. (2006).

<sup>30</sup> WOYWODT, A.; *et al.* (2010).

<sup>31</sup> KONDZIELLA, D. (2009).

<sup>32</sup> CUERDA, E.; *et al.* (2011).

<sup>33</sup> Para más información *vid.* también STROUS, R. D.; EDELMAN, M. C. (2007).

contribuciones de otras. Los epónimos normalmente rinden homenaje a un solo individuo, mientras que los descubrimientos científicos son el resultado de los esfuerzos de numerosas personas. Por otro lado, en ocasiones se ha dado mayor reconocimiento a aquellos investigadores que publican en revistas más influyentes o en un idioma dominante, lo que hace pensar que la atribución de un descubrimiento a una persona o grupo determinado puede depender de la publicidad que se le otorgue al investigador y de su prestigio. En otras ocasiones, la política y la suerte también desempeñan un papel al respecto. Por no hablar de los descubrimientos que se producen simultáneamente en distintas regiones del mundo, tal y como ocurrió con el cálculo, cuya invención fue motivo de disputa durante mucho tiempo entre Leibniz y Newton<sup>34</sup>.

Otra desventaja de los epónimos, como hemos visto anteriormente, es que no tienen precisión científica. Al contrario de lo que se piensa, los epónimos dan pie a la confusión, pues a veces hay más de un epónimo para designar un solo concepto (sinonimia). Además de lo anterior, algunas enfermedades reciben diferentes epónimos en diferentes países, lo que genera aún mayor confusión. No solo eso, sino que, además, un epónimo puede estar asociado a varias enfermedades distintas (polisemia)<sup>35</sup>. Ante esta situación, muchos promueven la unificación del lenguaje de un ámbito determinado:

It is understandable that the problem of unification of scientific language has become a very serious one, apparently more serious than the problem of unification of scientific laws<sup>36</sup>.

Por ejemplo, en neurociencias, al igual que ocurre en otros campos, los espectaculares avances tecnológicos han ido acompañados de una sustitución de los

---

<sup>34</sup> WOYWODT, A.; MATTESON, E. L. (2007).

<sup>35</sup> *Ib.*

<sup>36</sup> DUQUE-PARRA, J. E.; *et al.* (2006), p. 221.

epónimos anatómicos clásicos por una nomenclatura neuroanatómica internacional moderna<sup>37</sup>.

Además de estos inconvenientes que plantea el uso de los epónimos, otros autores amplían la lista de desventajas<sup>38</sup>. En primer lugar, si se produce un error al escribir el epónimo, como por ejemplo, si se omite una coma o un apóstrofe, se puede complicar la indización de los artículos en las bases de datos bibliográficas, generando aún mayor confusión. No en vano, ha surgido un debate en el seno de la comunidad científica con respecto a la utilización o no de la forma posesiva en los epónimos médicos en inglés, con vistas a la unificación del lenguaje médico. En general, se recomienda que no se utilice la forma posesiva. Así, en inglés sería preferible utilizar *Down Syndrome*, en lugar de *Down's Syndrome*<sup>39</sup>.

Otro argumento que exponen estos autores es que no es infrecuente que surjan debates entre investigadores que luchan por el reconocimiento de haber sido los primeros en realizar un descubrimiento científico. Tampoco resulta muy razonable que sea el médico descubridor quien bautice a una enfermedad, sino que más bien debería homenajearse a la persona que la padece<sup>40</sup>. Pero incluso así, los epónimos conllevarían cierta despersonalización de los pacientes, y se dejarían de lado otros factores que influyen en la enfermedad, como los sociales, familiares, psicológicos...<sup>41</sup>

Otros autores señalan que los epónimos plantean problemas a la hora de homenajear a varios investigadores a la vez, puesto que son excesivamente largos, y es preciso recurrir a los guiones, como ocurre con el “síndrome de Charcot-Marie-Tooth-

---

<sup>37</sup> *Ib.*

<sup>38</sup> GONZÁLEZ-LÓPEZ, E. (2010).

<sup>39</sup> JANA, N.; *et al.* (2009).

<sup>40</sup> GONZÁLEZ-LÓPEZ, E. (2010), p. 704.

<sup>41</sup> *Ib.*

Hoffman”, por ejemplo. Además, dada la tendencia actual en el mundo científico de trabajar en grandes equipos, la longitud de los epónimos sería excesiva si se tuvieran que recoger todos los nombres de los descubridores<sup>42</sup>.

#### **4. LA EPONIMIA EN DISTINTOS CAMPOS DE LA CIENCIA**

##### *4.1. Medicina*

##### *4.1.1. Panorama general de los epónimos en medicina*

Existe la idea general de que la medicina dispone de un lenguaje transparente, unívoco y sistemático gracias a los mecanismos de composición culta para la formación de términos. De esta manera, cualquier iniciado podría desentrañar el significado de un término médico, basándose en las reglas de los formantes grecolatinos. Recurrir de forma sistemática a la composición y derivación a partir de formantes clásicos supone una gran ventaja para los usuarios del lenguaje médico, dada la gran cantidad de términos que tienen que memorizar. No obstante, en este lenguaje existen lagunas, sistemas de formación de términos muy extendidos que se escapan a esta lógica. Entre tales procedimientos se encuentra la eponimia, un fenómeno extremadamente habitual en el lenguaje médico, y donde, además, ha provocado mayor polémica. Teniendo en cuenta las ventajas que supone la composición culta, no es de extrañar que los usuarios del lenguaje médico aseguren que los epónimos constituyen un elemento perturbador<sup>43</sup>. Por no hablar del hecho de que el significante de un epónimo no tiene relación con el significado. En palabras de Dirckx:

---

<sup>42</sup> GARFIELD, E. (1983), p. 389.

<sup>43</sup> CHUKWU, U. (1996), pp. 592-593.



A more troublesome feature of eponymy is that it produces lexically empty terms-words that supply no clue to their reference or bearing<sup>44</sup>.

#### 4.1.2. Formación de los epónimos en medicina

El lenguaje médico, como ya hemos indicado, es uno de los lenguajes científicos con mayor proliferación de epónimos, por detrás solamente de la historia natural y quizás la geografía, muy a pesar de la polémica que envuelve a este fenómeno. La mejor recopilación de epónimos médicos se encuentra en Internet, en la página web “*Who named it?*” y hasta la fecha se han registrado alrededor de 8.000 expresiones eponímicas, que homenajean a unas 3.000 personas, de las cuales alrededor de 100 son mujeres y tan solo 16 son científicos españoles<sup>45</sup>. Es muy habitual que las enfermedades, las leyes, las reacciones, los síndromes, etc. incorporen los nombres propios de los investigadores o descubridores, ya sea de uno solo (“síndrome de Down”, “ley de Courvoisier”, “signo de Parrot”, “reacción de Arthus”...) o de varios (“reacción de Nonne-Appelt”, “enfermedad de Charcot-Marie-Tooth”, “ley de Frank-Starling”...). En el lenguaje médico también es frecuente que se conviertan nombres propios en nombres de género (“brucela” < Sir David Bruce, “brucea” < James Bruce, “salmonela” < Daniel Elmer Salmon...), e incluso en adjetivos (“browniano” < James Brown, “freudiano” < Sigmund Freud...). Lo más común, como hemos indicado más arriba, es recurrir a nombres de científicos, pero también puede darse el caso de que se incorporen nombres de escritores (“sadismo” < marqués de Sade), e incluso pacientes (“enfermedad de Christmas” < Stephen Christmas)<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> DIRCKX, J. H. (1983), p. 84.

<sup>45</sup> ENERSEN, O. D.: *Whonamedit? A dictionary of medical eponyms* [01-05-2012].

<sup>46</sup> ALCARAZ ARIZA, M. A. (2002), pp. 61-63.

#### 4.1.3. Los epónimos en medicina y la realidad histórica de los descubrimientos

Al igual que ocurre con el resto de campos científicos, en medicina también se ha puesto de manifiesto la idea de que los epónimos no siempre reflejan la realidad histórica de los descubrimientos. A continuación, ofrecemos algunos ejemplos que pueden ilustrar esta polémica.

##### 4.1.3.1. Síndrome de Guillain-Barré-Strohl

Es un trastorno poco común que hace que el sistema inmunológico ataque al sistema nervioso periférico<sup>47</sup>. Los primeros en realizar una descripción clínica del trastorno fueron Auguste François Chomel en 1828, James Wardrop en 1834 y Robert James Graves en 1848. En 1859, Landry de Thézillat describió varios casos de parálisis. Georges Guillain, Jean Alexandre Barré y André Strohl, por su parte, describieron determinados síntomas en dos soldados en 1916. Guillain examinó a los hombres, aunque fue Strohl el que introdujo la auténtica novedad, investigando el líquido espinal y realizando un test electrofisiológico. Fue Draganesco quien primero empleó el epónimo “síndrome de Guillain-Barré”, olvidándose de Strohl y de otros investigadores, como Landry de Thézillat<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> USNIH; USNLM: *MedLine Plus*, s. v. “Síndrome de Guillain-Barré” [01-05-2012].

<sup>48</sup> ENERSEN, O. D.: *Whonamedit? A dictionary of medical eponyms*, s. v. “Guillain-Barré-Strohl syndrome” [01-05-2012].

#### 4.1.3.2. Enfermedad de Graves-Basedow

La enfermedad de Graves-Basedow constituye un trastorno autoinmune que provoca hiperactividad de la glándula tiroides<sup>49</sup>. El primer especialista que identificó un cuadro clínico del trastorno fue Caleb Hillier Parry en 1786. Los primeros en describirlo fueron Giuseppe Flajani en 1802, Antonio Giuseppe Testa en 1810, Robert James Graves en 1835 y Karl Adolph von Basedow en 1840. En el ámbito germano es más común la referencia a “enfermedad de Basedow”, mientras que en el mundo anglosajón, se prefiere la utilización de “enfermedad de Graves”<sup>50</sup>. En cualquier caso, actualmente, se utilizan los siguientes epónimos sinónimos: “enfermedad de Basedow”, “enfermedad de Graves”, “enfermedad de Graves-Basedow”, “enfermedad de Basedow-Graves”, “enfermedad de Flajani”, “enfermedad de Parry”, “enfermedad de Parson”...

#### 4.1.3.3. Síndrome de Claude Bernard-Horner

El síndrome de Claude Bernard-Horner es un raro trastorno que afecta a los nervios que van al ojo y a la cara<sup>51</sup>. Recibe su nombre de Claude Bernard (1813-1878), el padre de la fisiología experimental, y Johann Friedrich Horner (1831-1886), oftalmólogo suizo. A pesar de que el trabajo de ambos fue vital para la descripción de la enfermedad, actualmente la alusión a Claude Bernard ha ido perdiendo importancia, pasando de “síndrome de Claude Bernard-Horner” a “síndrome de Bernard-Horner”, hasta llegar incluso a denominarse *Horner's syndrome* (“síndrome de Horner”) en el mundo anglosajón<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> USNIH; USNLM: *MedLine Plus*, s. v. “Enfermedad de Graves” [01-05-2012].

<sup>50</sup> ENERSEN, O. D.: *Whonamedit? A dictionary of medical eponyms*, s. v. “Basedow syndrome or disease” [01-05-2012].

<sup>51</sup> USNIH; USNLM: *MedLine Plus*, s. v. “Síndrome de Horner” [01-05-2012].

<sup>52</sup> TAGLE, P. (2003).

Claude Bernard fue un fisiólogo francés de gran reputación que se dedicó fundamentalmente al estudio del papel que desempeña el páncreas en la digestión, la función glicogénica del hígado y el suministro de sangre a los nervios vasomotores. Además, fomentó en gran medida la experimentación, como parte de los procesos de investigación médica, y se convirtió en uno de los padres de la medicina experimental<sup>53</sup>. Johann Friedrich Horner, por su parte, se dedicó al estudio de las enfermedades de los ojos, y combinó con brillantez la docencia, la cirugía y la práctica privada de la medicina. Se estima que atendió a unos 100.000 pacientes a lo largo de su vida<sup>54</sup>.

En cuanto al origen del epónimo “síndrome de Claude Bernard-Horner”, hay que decir que fue Bernard quien en 1852 explicó desde el punto de vista de la fisiología este síndrome, basándose en sus estudios experimentales sobre el sistema simpático central. Posteriormente, en 1824, varios médicos, Silas Weir Mitchell, William Keen Jr y Georges Morehouse propusieron una descripción clínica del síndrome. Más tarde, se publicaron casos de William Tennant Girdner, John William Ogle y Jonathan Hutchinson. Finalmente, fue Horner quien en 1869 lo diagnosticó a una mujer de mediana edad<sup>55</sup>.

Está claro que en el descubrimiento de este síndrome participaron varios investigadores: unos lo explicaron basándose en la fisiología, otros lograron una descripción clínica del mismo y otros se lo diagnosticaron a una persona. Por tanto, puede ser discutible reflejar a uno solo en el epónimo.

---

<sup>53</sup> *Encyclopaedia Britannica*, s. v. “Claude Bernard” [01-05-2012].

<sup>54</sup> CHUA, C. N.: *Doyne's Hall of Fame, Faces behind ophthalmic eponyms*, s. v. “Johann Friedrich Horner” [01-05-2012].

<sup>55</sup> TAGLE, P. (2003).

## 4.2. Química

### 4.2.1. Los epónimos en química

La química es un campo muy rico en epónimos. Además de las leyes, teoremas, hipótesis, etc. que reciben los nombres de investigadores (“ley de Avogadro”, “ley de Dalton”, “ley de Raoult”...), existe un abanico muy amplio de epónimos. Sin ir más lejos, un análisis de los orígenes de los nombres de los elementos de la tabla periódica revela que la gran mayoría son epónimos derivados de nombres de personas (“einstenio”, “fermio”, “gadolinio”, “lawrencio”, “meitnerio”, “mendelevio”...), lugares (“lutecio”, “hafnio”, “americio”...) e incluso de la mitología griega (“tantalio”, “niobio”...) o de la mitología escandinava (“torio”, “vanadio”...) <sup>56</sup>, y dan cuenta de la historia que hay detrás del descubrimiento de esos elementos, que no en todos los casos fue sencilla ni exenta de polémica, como veremos enseguida.

### 4.2.2. Polémica en torno a los epónimos en química

Como acabamos de decir, vamos a revisar ahora la historia que está detrás de la denominación de algunos de estos elementos, en concreto el vanadio, el niobio y el tantalio, que generaron polémica hace más de doscientos años. Posteriormente, nos detendremos también en los casos ilustrativos del *moseleyum*, el curio y el seaborgio. Por último, discutiremos la naturaleza de los descubrimientos científicos, y lo ilustraremos con el caso del oxígeno.

---

<sup>56</sup> HERNÁNDEZ, J. (2006).

#### 4.2.2.1. Vanadio

Uno de los elementos químicos más intrincados por la polémica que giró en torno a su descubrimiento y denominación es el vanadio, con número atómico 23. Fue descubierto por el investigador madrileño Andrés Manuel del Río en 1801. Durante unos trabajos de investigación en México, aisló un elemento al que denominó originalmente *panchromium* debido a la variedad de colores de sus sales. Más adelante, sin embargo, cambió el nombre a *erythronium*, por la coloración rojiza que adquiría cuando se calentaba o trataba con ácidos. No obstante, del Río se dio cuenta de que las propiedades del *erythronium* eran muy similares a las de un elemento que el químico francés Vauquelin había descubierto poco antes, el *chromium*. Por ello, del Río retiró su afirmación pública sobre el descubrimiento de un nuevo elemento. Desgraciadamente, hoy sabemos que el *chromium* es un elemento distinto del vanadio y que del Río estaba inicialmente en lo cierto<sup>57</sup>.

De manera independiente, aunque con posterioridad, un químico sueco Nils Gabriel Sefström descubrió un nuevo elemento al que denominó “vanadio”, por la diosa escandinava de la belleza, Vanadis, debido a la variedad de colores que presentaba. Trabajos posteriores confirmaron que el vanadio era un elemento y que era el mismo que había descubierto del Río años antes. Ante estos hechos, resulta inevitable preguntarse quién merece reconocimiento por el descubrimiento: ¿del Río?, ¿el químico sueco? o más bien ¿los investigadores que aclararon la cuestión?<sup>58</sup>

---

<sup>57</sup> GREWOOD, N. N. (2003), pp. 5-6.

<sup>58</sup> *Id.*, p. 6.

#### 4.2.2.2. Niobio y tantalio

Otro ejemplo que cabe mencionar es la polémica que existió en torno al niobio. Charles Hatchett (1765-1847), el primero en aislar este elemento, propuso el nombre de “columbio”. Al mismo tiempo, otro investigador en Suecia, Anders Gustaf Ekeberg (1767-1813), afirmó haber identificado un nuevo elemento, el “tantalio”, haciendo referencia al dios Tántalo de la mitología griega<sup>59</sup>, hijo de Zeus y mítico rey de Frigia, famoso por el castigo que sufrió en el Infierno por revelar los secretos de los dioses a los hombres. Su condena consistió en la sed eterna: se encontraba sumergido en agua hasta el cuello, a pesar de lo cual, no podía beber, pues cada vez que abría la boca e intentaba tragar agua, ésta retrocedía. No es extraño que Ekeberg sugiriera el nombre de “tantalio” para su elemento, pues al igual que el personaje mitológico, el tantalio tenía la propiedad de no absorber ningún ácido<sup>60</sup>.

Ekeberg comunicó sus descubrimientos a la revista francesa *Annales de Chemie* en 1802. Por entonces, se pensó que el columbio y el tantalio eran el mismo elemento, consideración que permaneció inmutable hasta 1844, cuando Heinrich Rose (1795-1864) examinó una muestra de columbita y descubrió que estaba formada por dos elementos distintos: el tantalio de Ekeberg y otro elemento al que denominó “niobio”, a partir de Niobe, la hija de Tántalo. A pesar de la prioridad de Hatchett en el descubrimiento del niobio y aunque él lo denominara “columbio”, la IUPAC adoptó “niobio” como nombre para el elemento 41 en 1950, tras más de 100 años de controversia, si bien es cierto que todavía se usa ampliamente el nombre de “columbio” en ciertos sectores de la industria química estadounidense<sup>61</sup>.

---

<sup>59</sup> GRIMAL, P. (2008), s. v. “Tántalo”.

<sup>60</sup> GREWOOD, N. N. (2003), pp. 6-7.

<sup>61</sup> *Ib.*

#### 4.2.2.3. *Moseleyum*

Henry Moseley fue el descubridor de la ley que lleva su nombre, esto es, descubrió una manera directa de medir el número atómico  $Z$  a partir de la longitud de onda de rayos X característica emitida por un elemento<sup>62</sup>. Moseley encontró elementos correspondientes a los números atómicos del 13 al 79, excepto para el 43, 61 y 75. En 1924, se inició una búsqueda frenética para encontrar el elemento correspondiente al número atómico 43. Ya había varios investigadores que parecían estar a punto de encontrarlo, por lo que se decidió ir anticipando un nombre para el futuro descubrimiento. Hubo algunas voces que defendieron el nombre de *moseleyum* con el fin de rendir homenaje al descubridor de la ley:

[...] the young British physicist Moseley who did so much to establish the important facts concerning these missing elements, their locations in the periodic scheme, with all that this means, and the limited number of the same<sup>63</sup>.

No obstante, el descubrimiento final tardó años en producirse y ya se habían propuesto tantos nombres, que otro investigador, Friedrich Paneth, sugirió que lo más adecuado sería que el elemento recibiera el nombre de la persona que hubiera proporcionado las primeras pruebas experimentales de su existencia. Además, argumentó que los nombres propuestos previamente deberían quedar excluidos de consideración. Por todo ello, finalmente el elemento 43 recibió el nombre de “tecnecio”<sup>64</sup>.

---

<sup>62</sup> SERWAY, R. A.; *et al.* (2005), p. 326.

<sup>63</sup> HAMER, R. (1925), p. 208.

<sup>64</sup> RAYNER-CANHAM, G.; ZHENG, Z. (2008), pp. 13-14.



#### 4.2.2.4. Curio

Este fue el segundo elemento que recibió un nombre en honor a una persona. Fue Glenn Seaborg quien sugirió en 1946 que los elementos 95 y 96 se llamaran “americio” y “curio”, respectivamente, por analogía con sus homólogos lantánidos, el “europio” y el “gadolinio”. Hay que tener en cuenta que la denominación “curio” se basaba en la presuposición de que el gadolinio se nombró de este modo en honor a Gadolin, químico finlandés del siglo XIX, y por tanto, ya se había sentado un precedente, razón de peso que respaldaba que otro elemento pudiera recibir el nombre de un investigador, en este caso en honor a Marie y Pierre Curie<sup>65</sup>.

#### 4.2.2.5. Guerras del Transfermio

Tampoco podemos olvidarnos de las Guerras del Transfermio (*Transfermium Wars*) relacionadas con los elementos pesados que aparecían después del fermio (elemento 100) en la tabla periódica, y que enfrentaron a estadounidenses y soviéticos por la gloria de haber sido los primeros en aislar esos elementos.

Hasta que la IUPAC estableció unos nombres definitivos para los elementos recién descubiertos, ambos grupos propusieron provisionalmente sus propias denominaciones. Por ejemplo, para el elemento 105, el grupo estadounidense utilizaba “hahnio”, en honor a Otto Hahn, descubridor de la fisión nuclear, mientras que el grupo de Dubna lo llamaba “nielsbohrio”, por el físico danés Niels Bohr, que contribuyó enormemente a la comprensión de la estructura del átomo y la mecánica cuántica. En 1997, la IUPAC estableció como oficial este último<sup>66</sup>.

---

<sup>65</sup> *Id.*, pp. 14-15.

<sup>66</sup> GREENWOOD, N. N. (2003), pp. 7-8.

Algo parecido ocurrió con el elemento 106. En 1974, un grupo de investigación dirigido por Albert Ghiorso en el *Lawrence Radiation Laboratory* de Berkeley afirmó haber creado un isótopo del elemento 106. El nombre de “seaborgio” se anunció en la American Chemical Association (ACS) en honor de Glenn T. Seaborg, pero este nombre suscitó mucha polémica, porque Seaborg aún estaba vivo. Por otro lado, al parecer, dos grupos habían realizado el descubrimiento de manera simultánea; en concreto, el ya mencionado *Lawrence Berkeley Laboratory* de California y el *Joint Institute for Nuclear Research* de Dubna<sup>67</sup>.

Dado que solo la IUPAC tiene la autoridad necesaria para asignar nombre a un elemento químico, en 1986, había establecido el *Transfermium Working Group* (TWG) con el fin de aclarar el asunto sobre quién había realizado en primer lugar el descubrimiento. Se decidió por consenso, finalmente, que ambos grupos debían compartir el mérito, pero aún quedaba la tarea de decidir qué nombre iban a recibir los elementos más pesados. Además del TWG, también se reunió la *Commission on Nomenclature of Inorganic Chemistry* (CNIC) en 1994 para establecer los nombres definitivos, pues el grupo estadounidense había propuesto “seaborgio” de manera provisional. Antes de la votación como tal, se realizó una votación previa para dilucidar si era apropiado denominar un elemento a partir del nombre de una persona aún viva, argumentando que, en caso de que así se decidiera, no se podría tener en cuenta la perspectiva histórica de los descubrimientos. El resultado fue de 16 votos en contra y 4 a favor, por lo que se descartó el nombre de “seaborgio” para el elemento 106. Finalmente, sin embargo, se despertaron muchas reacciones en contra de estas

---

<sup>67</sup> *Id.*, pp. 15-17.

decisiones, y un consejo de la IUPAC aceptó definitivamente que a partir de entonces, los elementos descubiertos podían recibir el nombre de científicos vivos<sup>68</sup>.

Por último, hay que tener en cuenta que, aunque la controversia en torno al elemento con número atómico 106 es la más conocida, la denominación de los elementos con número atómico 107, 108 y 109 también suscitó polémica<sup>69</sup>.

#### 4.2.3. La IUPAC y las normas para la denominación de los elementos químicos

La etimología de algunos elementos químicos, como por ejemplo, el antimonio, se ha perdido en la historia. Otros elementos, durante los últimos tres siglos se han nombrado de acuerdo con su origen, propiedades físicas y químicas, y más recientemente, como ya hemos visto, se han empleado nombres propios de personas para homenajear a descubridores y a científicos de altura.

Afortunadamente, la IUPAC ya ha establecido claramente unas directrices que indican el proceso que hay que seguir para nombrar a un elemento recién descubierto y evitar, en la medida de lo posible, las controversias eponímicas que se han venido produciendo a lo largo de la historia de la química. En primer lugar, es un comité conjunto IUPAP (*International Union of Pure and Applied Physics*)-IUPAC (*International Union of Pure and Applied Chemistry*) el que tiene que asignar prioridad a un descubrimiento, en caso de que haya dudas acerca del descubridor original. Posteriormente, los descubridores tienen derecho a sugerir un nombre a la División de Química Inorgánica antes de que el Consejo de la IUPAC tome una decisión final. Por

---

<sup>68</sup> *Ib.*

<sup>69</sup> Sobre este tema *vid.* IUPAC (1997).

otro lado, este organismo recalca en sus recomendaciones que el nombre elegido no tiene ninguna connotación con respecto al descubridor prioritario del elemento. Por último, la IUPAC recomienda que el resto de lenguas, además del inglés, intenten no alejarse demasiado de estas recomendaciones, con el fin de no generar mayor confusión<sup>70</sup>.

### 4.3. Matemáticas

#### 4.3.1. Panorama de los epónimos en matemáticas

Las matemáticas es uno de los ámbitos científicos en que la tendencia eponímica está más extendida. Si se escoge al azar cualquier artículo académico sobre algún ámbito de las matemáticas, no es nada raro encontrarse con párrafos llenos de epónimos que rinden homenaje a científicos, como vemos en el ejemplo siguiente:

Las aplicaciones más conocidas incluyen el estudio de la **ecuación sine-Gordon 1+1** (e.g. propagación de pulsos ultracortos), la **ecuación elíptica sine-Gordon** (e.g. propagación estacionaria de flujo magnético), la **ecuación Monge-Ampère-Burges** (e.g. efectos combinados de dispersión y difusión), y la **ecuación KdV** que, como hemos visto, modela el comportamiento dinámico de las **ondas solitarias de Scott**. Esta ecuación también es usada para estudiar una gran cantidad de fenómenos dispersivos en las teorías de sólidos, líquidos, gases y plasmas. Tal diversidad de aplicaciones se originó con los resultados publicados por Wahlquist y Estabrook (1973). Ellos reportaron una ingeniosa variante de la **transformación de Bäcklund** que permite obtener en forma muy económica y eficiente una sucesión de soluciones de la ecuación (1.2), siempre que se conozca al menos una de ellas. El **mecanismo Wahlquist-Estabrook** se puede resumir de la siguiente manera...<sup>71</sup>

---

<sup>70</sup> IUPAC (2004).

<sup>71</sup> CRUZ Y CRUZ, S.; *et al.* (2006), p. 322.

#### 4.3.2. Formación de epónimos en matemáticas

En matemáticas, podemos distinguir entre los epónimos formados por una sola palabra y los formados por varias. En cuanto a los epónimos formados por una sola palabra, es muy común que se produzca la elipsis léxica, por ejemplo, se habla de “abeliano”, en lugar de “grupo abeliano”; “hamiltoniano”, en vez de “grafo hamiltoniano”; “euleriano”, en lugar de “grafo euleriano”... En lo que respecta a los epónimos formados por varias palabras, podemos diferenciar, entre otros, los siguientes casos:

-Núcleo del epónimo + preposición *de* + nombre propio: “cociente de Newton”, “teorema de de Moivre”, “leyes de Morgan”, “espacios de Hilbert”, “constante de Euler”...

-Núcleo del epónimo + dos nombres propios: “clases de Stiefel-Whitney”...

-Núcleo del epónimo (formado por sustantivo + preposición *de* + sustantivo) + preposición *de* + nombre propio: “teorema de estabilidad de Nyquist”...

-Núcleo del epónimo + tres o cuatro nombres propios: “teoría de conjuntos de von Neumann-Bernays-Gödel”...

-Núcleo del epónimo + adjetivo + preposición *de* + nombre propio: “función principal de Hamilton”...

-Nombre + adjetivo derivado de un nombre propio: “álgebra booleana”, “distribución gaussiana”...

-Epónimos con siglas: “ecuación de KdV” (“ecuación de Korteweg-de Vries”)...<sup>72</sup>

---

<sup>72</sup> POPESCU, F. (2009), pp. 108-109.

### 4.3.3. Polémica en torno a los epónimos en matemáticas

Ante este fenómeno de la eponimia, se han alzado voces en la comunidad matemática abogando por la eliminación o reducción de la carga eponímica en el lenguaje matemático, y proponen fomentar el uso de una nomenclatura científica descriptiva. No es extraño encontrarse con opiniones como la de Henwood y Rival:

The case against eponymy, then, is straightforward. Eponymous terms name rather than describe and are thus in themselves meaningless, serving to mystify rather than clarify. The use of eponymous terms is both symptomatic of shoddy work and conducive to trivial work<sup>73</sup>.

Además de esta crítica que tan frecuentemente se les hace a los epónimos, es decir, que no describen, sino que se limitan a nombrar, sin que por tanto se establezca ninguna relación entre significante y significado, en matemáticas no son pocas las polémicas existentes en cuanto a la autoría de los descubrimientos y en qué medida los epónimos son fieles a la realidad histórica de los mismos. Ofrecemos a continuación algunos ejemplos de esto que señalamos.

#### 4.3.3.1. Controversia Tartaglia-Cardano

Esta controversia se enmarca en una época en la que se intentaba dar solución a las ecuaciones algebraicas. En particular, Tartaglia y Cardano trabajaron para encontrar una solución a las ecuaciones de tercer grado.

Todo comienza cuando Scipione del Ferro, un matemático de Bolonia del siglo XVI, logró resolver ecuaciones cúbicas de este estilo:  $x^3 + ax = b$ . Tan solo reveló este descubrimiento a un alumno suyo, Antonio María Fior. Veinte años después, este último

---

<sup>73</sup> HENWOOD, M. R.; RIVAL, I. (1980), p. 205.

y otro matemático, Tartaglia, se retaron a resolver una serie de ecuaciones cúbicas. Tartaglia resolvió las ecuaciones cúbicas a las que les faltaba el término de primer grado y luego el término de segundo grado. Según Tartaglia, descubrió la solución dos semanas antes del debate. Sin embargo, al parecer, Tartaglia tuvo un encuentro previo con Cardano, el cual le persuadió de que le confesara su descubrimiento y le prometió que no se lo revelaría a nadie. Tartaglia afirma haber compartido toda la teoría con Cardano, aunque éste asegura que Tartaglia solo le confió la solución y no el proceso de resolución. Sea como fuere, ya se podían resolver ecuaciones del tipo  $x^3 + bx = c$  y  $x^3 + ax^2 = c$ . Lo que Tartaglia no consideró fue la reducción del caso general a la primera de las formas. La cuestión es que Cardano publicó esta teoría y la contribución de Tartaglia en 1545, ante lo cual Tartaglia protestó. Pero el hecho es que desde entonces todo el mundo conoce la solución bajo el nombre de Cardano<sup>74</sup>.

#### 4.3.3.2. Controversia L'Hôpital-Bernouilli

Johann Bernouilli y Guillaume de L'Hôpital fueron dos matemáticos del siglo XVII, época de las matemáticas conocida como la "Edad dorada del cero pequeño". Durante casi tres siglos han sido los protagonistas de una de las mayores controversias del ámbito de las matemáticas: la autoría de la conocida como la "regla de L'Hôpital".

Johann Bernouilli (1667-1746) perteneció a una familia de matemáticos suizos. Comenzó a estudiar medicina y literatura, y se graduó en 1694, aunque cada vez se mostraba más interesado por las matemáticas, en contra de los deseos de su padre. En esa época se dedicó a estudiar el cálculo desarrollado recientemente por Leibniz y Newton, que aplicó a la medida de curvas, al cálculo de ecuaciones diferenciales y a

---

<sup>74</sup> FINAZZI, C. M. (1990), pp. 7-8.

problemas de naturaleza mecánica. En 1691-92, escribió dos textos sobre cálculo integral y diferencial que se publicaron más tarde. En 1692, Bernouilli empezó a dar clases remuneradas de cálculo al marqués Guillaume François-Antoine De L'Hôpital, un matemático aficionado muy interesado por los nuevos desarrollos del cálculo<sup>75</sup>.

Este último autor nació en París en 1661 y murió en 1704. Como decimos, fue un matemático aficionado que se interesó desde niño por las matemáticas. Deseoso de entender el nuevo cálculo desarrollado por Leibniz, contrató a Johann Bernouilli para que le diera clases y le fuera confiando sus descubrimientos, a cambio de que no los compartiera con nadie más. Escribió dos obras matemáticas a lo largo de su vida: *Analyse des infiniment petits pour l'intelligence des lignes courbes* (1696), en donde aparece la famosa regla de L'Hôpital y donde afirmó haberse servido libremente de los descubrimientos de Bernouilli, y *Tratado analítico de las secciones cónicas*<sup>76</sup>. Cuando Bernouilli recibió un ejemplar de la obra de L'Hôpital *Analyse des infiniment petits pour l'intelligence des lignes courbes* le agradece al marqués por haberlo mencionado y le felicita por la obra. Sin embargo, en unas cartas que Bernouilli dirigió a Leibniz y a Brook Taylor en 1698 aprovecha para lamentarse por el plagio de L'Hôpital de algunos de sus descubrimientos, como la anteriormente citada regla de L'Hôpital. Más tarde, en 1704, cuando falleció el marqués y Bernouilli ya no tenía obligaciones contractuales para con él, se decidió a romper el silencio y defender su autoría de la llamada "regla de L'Hôpital". Sin embargo, no consiguió mucho. No sería hasta 1922, año en que apareció un manuscrito suyo sobre el cálculo diferencial de 1691-92 y otro sobre el cálculo integral de 1742, cuando comenzaron las indagaciones y las comparaciones entre las publicaciones de Bernouilli y L'Hôpital, que pusieron de manifiesto muchas

---

<sup>75</sup> *Encyclopaedia Britannica*, s. v. "Johann Bernouilli" [01-05-2012].

<sup>76</sup> O'CONNOR, J. J.; ROBERTSON, E. F.: *Mac Tutor History of Mathematics Archive* [14-05-2012].



similitudes. Finalmente, en 1955 se descubrió el trato que habían hecho el marqués y Bernouilli en 1694, por el que el marqués pagaba a Bernouilli ciertos honorarios a cambio de que éste le diera clases y le comunicara sus descubrimientos matemáticos sin revelárselos a ninguna otra persona<sup>77</sup>.

Aún después de estos descubrimientos, el uso del epónimo “regla de L’Hôpital” está tan extendido que el empleo de la expresión “regla de Johann Bernouilli” en la literatura matemática es prácticamente inexistente, a pesar de que haya voces que lo defiendan.

#### 4.4. *Economía y finanzas*

##### 4.4.1. Panorama general de los epónimos en economía y finanzas

Aunque hay ciencias en las que la carga de epónimos es sin duda mucho mayor, la tendencia eponímica actual en economía tampoco es nada desdeñable, especialmente en los campos de la economía matemática y la econometría. Esto es lo que demuestran Segura y Rodríguez Braun en un diccionario donde recogen más de trescientas expresiones eponímicas que se emplean en el lenguaje económico en inglés<sup>78</sup>, la gran mayoría de las cuales son extrapolables al castellano.

Sobre la función de los epónimos en economía, Cole<sup>79</sup> establece que en las ciencias los epónimos tienen una doble función: por un lado, premian la labor de los científicos, en la línea de lo que defienden Merton y Chukwu sobre el reconocimiento de la labor investigadora, y por otro lado, tienen un propósito práctico, esto es, denominar un nuevo concepto. Propósitos que en ocasiones entran en conflicto también

---

<sup>77</sup> SOLAECHE GALERA, M. C. (1993).

<sup>78</sup> SEGURA, J.; RODRÍGUEZ BRAUN, C. (2004).

<sup>79</sup> COLE, J. H. (2006), p. 122.

en economía, pues no siempre se respeta la precisión histórica de los descubrimientos, al igual que ocurre en otros campos del conocimiento.

En lo que respecta a la función meramente práctica de los epónimos, de acuerdo con Cole<sup>80</sup>, al igual que ocurre en otras ciencias, se tiende a olvidar, en muchas ocasiones, quién es la persona a la que hace referencia la expresión eponímica. El epónimo se mantiene a la largo del tiempo por motivos puramente pragmáticos, pero llega un punto en que a las personas que lo emplean ya no les interesa quién dio nombre al concepto, sino solo saber qué significa. Un buen ejemplo sería el “índice de precios de Laspeyres”. Todos los estudiantes de economía y especialistas saben qué significa esta expresión; sin embargo, no saben quién fue Etienne Laspeyres (1834-1913). Como vemos, en este caso, como en otros muchos, lo que se recuerda es el concepto, no la persona.

#### 4.4.2. Características de los epónimos en economía

Los epónimos que más se utilizan en economía son, sin duda, aquellos que tienen como función asignar reconocimiento a los economistas por su labor científica. Hands<sup>81</sup> distingue tres maneras de otorgar crédito eponímico en economía. En primer lugar, se puede vincular el nombre de un economista que ha desarrollado un resultado teórico importante con ese mismo resultado, como en las expresiones “equilibrio de Nash”, “macroeconomía keynesiana”... En segundo lugar, hay resultados teóricos que se nombran en honor a un economista que falleció hace mucho tiempo, pero que sugirió algo similar en su época. Tendríamos los ejemplos de la “hipótesis de Hayek”, la “ley de Walras”... La última manera de crear un epónimo en honor a un economista sería

---

<sup>80</sup> *Ib.*

<sup>81</sup> HANDS, D. W. (2006), p. 222.

otorgar su nombre a un descubrimiento empírico, y no teórico. Para ilustrar este punto, podemos poner los ejemplos de la “ley de Engels”, la “paradoja de Gibson”, la “curva de Lorenz”... En ocasiones, también hay denominaciones que incluyen los nombres de varios economistas, como en el “teorema de Stolper-Samuelson”, la “función de producción de Cobb-Douglas”, el “modelo de equilibrio general de Arrow-Debreu”...

Para acercarnos a los epónimos económicos hemos analizado los que alberga el diccionario de Segura y Rodríguez Braun. Hemos encontrado que los más abundantes incluyen, como núcleo del epónimo, el término “teorema”, ya sea con el nombre de un único economista (“teorema de Euler”, “teorema de Minkowski”, “teorema de Taylor”...), con varios nombres separados por un guión (“teorema de Faustmann-Ohlin”, “teorema de Gale-Nikaido”, “teorema de Gauss-Markov”, “teorema de Modigliani-Miller”...), o bien con una matización que esclarece el contenido del teorema (“teorema del punto fijo de Kakutani”, “teorema del límite central de Lyapunov”, “teorema de la utilidad esperada de von Neumann-Morgenstern”...). También es muy frecuente el uso de “modelo” como núcleo del epónimo (“modelo de crecimiento de Solow”, “modelo de Swan”, “modelo de asignación de tiempo de Becker”, “modelo de Black-Scholes”...) y “ley” (“ley de Bowley”, “ley de la demanda de Davenant-King”, “leyes de crecimiento de Kaldor”...). Además, hay una cantidad considerable de epónimos para “efecto” (“efecto Tanzi-Olivera”), “test” (“test de causalidad de Granger”), “curva” (“curva de indiferencia de Scitovsky”), “paradoja” (“paradoja de Ellsberg”), “principio” (“principio de revelación de Myerson”), “dogma” (“dogma de Montaigne”), “método” (“método de Heckman”), “lema” (“lema de Itô”), “criterio” (“criterio de compensación de Hicks”), “coeficiente” (“coeficiente de Gini”), “mecanismo” (“mecanismo de Maskin”), “problema” (“problema de Adam Smith”),

“regla” (“regla de la elasticidad inversa de Ramsey”), “hipótesis” (“hipótesis de Friedman-Savage”), “procedimiento” (“procedimiento de Johansen”), “condición” (“condición de agregación de Cournot”), “proceso” (“proceso acumulativo de Wicksell”), “distribución” (“distribución de Pareto”)...<sup>82</sup>

#### 4.4.3. Controversias eponímicas en economía

Reiterando lo dicho anteriormente y a la vista de los ejemplos expuestos más arriba, los epónimos más utilizados en economía tienen como función principal otorgar reconocimiento a los científicos que contribuyen de manera significativa al desarrollo de esta ciencia. Dado que para tener éxito en ciencia “*eponymity, not anonymity, is the standard*”<sup>83</sup>, cabría pensar que las luchas eponímicas en economía deberían ser igual de intensas y frecuentes que en otras ciencias. Pues bien, en lo que respecta a esta *Prioritätstreit* por el reconocimiento científico, sorprendentemente, parece que en economía la situación es paradójica si la comparamos con otros ámbitos científicos.

Esto es lo que defiende Hands<sup>84</sup> cuando afirma que en economía se produce una paradoja en las luchas por la prioridad de un determinado descubrimiento. Al igual que ocurre en otras ciencias, Hands reconoce que “*Eponymic honor is a common form of professional recognition in economics, as it is in other sciences*”<sup>85</sup>. También parece haber pruebas suficientes para afirmar que los individuos expuestos a la teoría económica tradicional tienen tendencia a ser más egoístas y a actuar de manera menos cooperativa que otras personas. Teniendo en cuenta ambos aspectos, parecería lógico pensar que en economía las luchas de prioridad se producen de manera constante y con

---

<sup>82</sup> Para más información sobre los epónimos en el lenguaje financiero *vid.* OPRIT-MAFTEI, C. (2009).

<sup>83</sup> MERTON, R. K. (1957), p. 645.

<sup>84</sup> HANDS, D. W. (2006).

<sup>85</sup> *Id.*, p. 215.

más intensidad aún que en otras disciplinas. Sin embargo, y aquí está la paradoja, la economía es uno de los campos del conocimiento donde menos surge esta *Prioritätstreit*.

Este autor, apoyándose en Merton, que ya estudió cómo funcionan los mecanismos de prioridad en ciencia, resuelve la paradoja de manera muy convincente. Toma la idea de Merton de que, en realidad, las luchas por la prioridad en ciencia no se producen por intereses personales racionales, sino que están motivadas más bien por la indignación que sienten los científicos cuando a un especialista no se le reconoce propiamente su labor. Por tanto, el justo reconocimiento de la labor investigadora sería una especie de norma y valor colectivo de la comunidad científica. Sin embargo, parece que los economistas no son proclives a sentir esta indignación moral cuando a un colega no se le retribuye adecuadamente por su labor, puesto que sus ideas económicas les llevan a pensar que para obtener beneficios colectivos, lo más eficaz es que los individuos se dejen llevar por sus intereses personales, puesto que cualquier intento racional de producir beneficios colectivos lleva al fracaso. Esa sería, pues, la razón principal por la que en economía son tan escasas las luchas por la prioridad de los descubrimientos<sup>86</sup>.

Con el fin de ilustrar esta aparente paradoja, incluimos dos ejemplos: la “ecuación de Black-Scholes” y el “modelo Arrow-Debreu”, que ilustran el desinterés de los economistas por la cuestión de la prioridad.

---

<sup>86</sup> *Id.*, p. 226.

#### 4.2.1. Ecuación de Black-Scholes

Robert C. Merton, hijo del sociólogo Robert K. Merton, fue galardonado con el Premio Nobel de economía en 1997, junto con Myron Scholes, por sus contribuciones al cálculo de las opciones financieras y otros derivados financieros. Fruto de estas investigaciones resultó la “ecuación de Black-Scholes”, en honor a Fischer Black y Myron Scholes, nombre propuesto precisamente por Robert C. Merton, en el que no se incluyó a pesar de sus enormes contribuciones<sup>87</sup>.

#### 4.2.2. Modelo Arrow-Debreu

El “modelo Arrow-Debreu” estableció un marco que tuvo gran influencia en el asentamiento de la teoría económica moderna. Al igual que a Arrow y Debreu, se podía haber otorgado crédito eponímico a autores como Cassel, Hicks, Lange, McKenzie, Mosak, Pareto, Samuelson, Wald y Walras por su participación en el desarrollo de este modelo. A pesar de la importancia de este desarrollo teórico, no hubo ninguna controversia en torno a la cuestión de la prioridad por el descubrimiento<sup>88</sup>.

#### 4.5. *A modo de resumen: la naturaleza de los descubrimientos científicos y la eponimia*

En la línea de Merton, como hemos visto, los epónimos constituirían un elemento de gran utilidad para reconocer la labor investigadora de los científicos, al ser el mayor reconocimiento que se puede recibir en ciencias. No obstante, el propio

---

<sup>87</sup> *Id.*, pp. 223-224.

<sup>88</sup> *Id.*, p. 223.

Merton admite que “*Eponymy is a prize that, though large in absolute aggregate, is limited to a relatively few*”<sup>89</sup>.

Sin embargo, los ejemplos que hemos expuesto a lo largo de este trabajo ilustran el hecho de que los epónimos no siempre son fiel reflejo de la realidad histórica de los descubrimientos científicos. En la mayoría de ocasiones, el camino que se sigue hasta llegar al descubrimiento definitivo no es lineal, y normalmente se necesitan periodos de tiempo relativamente largos, durante los cuales participan muchas personas. A veces, un descubrimiento es puramente accidental, como fue el caso de la penicilina. Fleming la descubrió por accidente cuando se dio cuenta de que las bacterias de un cultivo, debido a la contaminación accidental de un hongo, se encontraban en un estado de lisis. Aunque se reconoció principalmente el mérito de Fleming, fueron Howard Walter Florey y Ernst Boris Chain quienes llevaron a cabo investigaciones detalladas y promovieron el desarrollo de los antibióticos<sup>90</sup>. En otras ocasiones, hay varias personas o grupos que realizan un descubrimiento simultáneo, como Leibniz y Newton con el cálculo, o como los grupos de Dubna y Berkeley con los elementos pesados. Muchas veces, un mismo descubrimiento puede recibir nombres distintos en cada país, debido a conflictos nacionales por la prioridad. En otros casos, a pesar de la contribución considerable de ciertos investigadores, sus nombres caen en el olvido, pues no se les incluye en el epónimo, como ocurre con el “síndrome de Horner”. Otras veces, los epónimos no homenajean al verdadero descubridor, como es el caso de la “regla de L’Hôpital”.

A la vista de los ejemplos mencionados anteriormente, podemos decir que los descubrimientos son procesos muy complejos. Está claro que gran parte de las

---

<sup>89</sup> MERTON, R. K. (1957), p. 644.

<sup>90</sup> VV. AA.: *Biografías y Vidas*, s. v. “Alexander Fleming” [01-05-2012].

polémicas planteadas anteriormente tienen mucho que ver con la naturaleza del propio proceso de descubrimiento y el debate acerca del reconocimiento que merecería cada persona involucrada en el mismo. Como explica Cintas<sup>91</sup>, los descubrimientos no se pueden atribuir en exclusiva a una persona, sino que el proceso es más complicado, pues hay muchos agentes que contribuyen al progreso científico. Cintas, recurriendo a la química, compara el descubrimiento con el efecto dominó y lo divide en dos fases: la primera consiste en descubrir algo, ya sea de forma casual o deliberada, y la segunda en comprender lo que realmente significa ese descubrimiento. Uno de los ejemplos que mejor ilustran esta idea es el descubrimiento de un elemento muy particular, el oxígeno. Tradicionalmente, se considera que fue Joseph Priestley (1733-1804) el primero en aislar este elemento en 1774. Sin embargo, Priestley no comprendió plenamente la naturaleza de lo que había descubierto, pues, hasta su muerte, pensó que el oxígeno era aire desflogisticado. Esto último hace referencia a una teoría ya obsoleta, la teoría del flogisto, según la cual todas las sustancias combustibles contenían una sustancia llamada flogisto que al quemarse era expulsada al aire<sup>92</sup>. Hubo que esperar hasta 1783 para que se refutara esta teoría, gracias a los trabajos de Antoine-Laurent Lavoisier (1743-1794). Está claro que Lavoisier y no Priestley fue quien verdaderamente entendió lo que significaba el descubrimiento del oxígeno. Pero ¿quién merece el reconocimiento por el descubrimiento?: ¿Priestley?, ¿Lavoisier? o ¿ambos?

Podemos concluir que un descubrimiento es un proceso mucho más complicado de lo que puede parecer a simple vista, por lo que no es infrecuente que surjan muchas dudas con respecto a quién merece mayor reconocimiento por su labor en el proceso, y por tanto, pugnas por nombrar al descubrimiento. Lo anterior determina que nombrar un

---

<sup>91</sup> CINTAS, P. (2004), pp. 5888-5889.

<sup>92</sup> CARTWRIGHT, J. (2000), p. 13.



elemento o un descubrimiento no es una mera cuestión lingüística, sino que detrás, hay una dimensión cultural, histórica y social que enriquece (y complica al mismo tiempo) en gran medida este proceso de denominación. Como hemos tratado de mostrar con los ejemplos aportados del ámbito de la medicina, la química, las matemáticas o la economía, la asignación de un epónimo en ciencia es fruto del azar, de las rivalidades por el poder, de las luchas de prioridad entre países y otros factores diversos que van mucho más allá del plano lingüístico.

## 5. LA TRADUCCIÓN DE LOS EPÓNIMOS

### 5.1. *Introducción*

Muchos epónimos que proceden de antropónimos no suponen mayores dificultades para el traductor del inglés al español o al francés, puesto que solo se requiere una traducción del nombre genérico, una transferencia del nombre propio y un cambio de orden, tanto para los epónimos simples (*Huntington's disease* < “enfermedad de Huntington”, *Renak-Virchow law* < “ley de Renak-Virchow”, *Golgi's apparatus* < *appareil de Golgi*, *Kühne's terminal plate* < *plaque terminale de Kühne*), como para los compuestos (*Koch-Weeks bacillus* < *bacille de Koch-Weeks*). Sin embargo, el proceso no siempre es tan sencillo, y los epónimos pueden llegar a suponer verdaderos quebraderos de cabeza para el traductor. En este apartado, nos centraremos en analizar algunas de esas dificultades<sup>93</sup>, especialmente aquellos cuya equivalencia con el español no es tan directa.

---

<sup>93</sup> Para más información sobre la traducción de los epónimos en prensa escrita *vid.* MOYA, V. (2004).

Los diferentes problemas a los que se enfrenta el traductor con respecto a los epónimos son principalmente tres<sup>94</sup>. En primer lugar, la ausencia de paradigmas formales coherentes. Por ejemplo, no hay ninguna regla que explique por qué se dice *Fermat's equation* y por otro lado, *Einstein equations*, o *Schwarz function*, pero *Schwarzian derivative*; o en el ámbito médico, no hay explicación lógica para entender por qué se dice *parkinsonian gait*, pero se prefiere *brucella spondylitis*. En segundo lugar, la imprevisibilidad que existe en la forma del epónimo entre unas lenguas y otras, de lo que hablaremos enseguida. Por último, al traductor no le resultan de gran utilidad los diccionarios especializados, pues no son suficientes, dada la imposibilidad de realizar en ellos una recopilación exhaustiva de los epónimos, ya que están aumentando continuamente e, incluso, cambiando.

## 5.2. Problemas de traducción derivados de diferencias entre países

Como ya lo hemos mostrado más atrás, dadas las luchas de prioridad entre países, regiones e incluso laboratorios, no siempre existe unanimidad sobre el autor de un descubrimiento o invento, por lo que los epónimos pueden variar considerablemente de unos lugares a otros. Evidentemente, esto supone una complicación para el traductor, pues su labor no consiste en mantener la literalidad del epónimo, sino en llegar a saber cuál es el epónimo que se emplea en cada país. Algunos de los casos que hemos descrito anteriormente podrían servir de ejemplo: lo que en España se conoce como “enfermedad de Graves-Basedow” normalmente se denomina “enfermedad de Graves” en el contexto anglosajón, pero en el germánico está más extendido el empleo de “enfermedad de Basedow”. No solo eso, sino que en Italia, se utiliza “enfermedad de Flajani”; en

---

<sup>94</sup> CHUKWU, U. (1996), p. 594.

Francia, “enfermedad de Basedow-Graves”; en diversos países se utiliza “enfermedad de Parry”, mientras que en otros, se prefiere “enfermedad de Parsons”. Lo mismo ocurre con el “síndrome de Claude Bernard-Horner”, puesto que en el mundo anglosajón se ha extendido el uso de *Horner’s syndrome* (“síndrome de Horner”).

Soubrier<sup>95</sup> distingue varias posibilidades a la hora de comparar epónimos entre distintas lenguas. Este autor se centra especialmente en el lenguaje médico, pero el mismo esquema podría aplicarse al resto de ámbitos científicos. La clasificación que propone es la siguiente:

- Epónimos compuestos idénticos, pero con cambio de orden: *Semon-Rosenbach rule* < “ley de Rosenbach-Semon”, *Jakob-Creutzfeldt disease* < “enfermedad de Creutzfeldt-Jakob”...
- Epónimos idénticos en los que el nombre genérico es diferente: *Pott’s curvature* < “mal de Pott”, *Heerfordt’s disease* < “síndrome de Heerfordt”, *Gordon’s reflex* < “signo de Gordon”...
- Epónimos idénticos, pero a los que se les añade una precisión en cualquiera de las dos lenguas: *Nievergelt mesomelic syndrome* < “síndrome de Nievergelt”, *Sternberg’s giant cells* < *cellules de Sternberg*, *Harris’ band* < *bride péritonéale de Harris* ...
- Sinónimos en una de las lenguas o en ambas: *Courvoisier and Terrier law*, *Courvoisier’s law*, *Courvoisier’s syndrome*, *Bard and Pic law* < “ley de Courvoisier”, “ley de Courvoisier-Terrier”, “síndrome de Courvoisier”, “ley de

---

<sup>95</sup> SOUBRIER, J. (1998), pp. 259-265.

Bard y Pic”; *Bekhterev-Jacobsohn réflex*, *Jacobsohn’s sign*, *Jacobsohn’s finger flexion sign* < “reflejo de Bekhterev-Jacobsohn”...

- Epónimos diferentes, ya sea total o parcialmente: *Horner’s síndrome* < “síndrome de Claude Bernard-Horner”, *Colles’ fracture* < “fractura de Pouteau-Colles”...
- Por último, podemos encontrarnos con ausencia de epónimo en una de las dos lenguas (*Fong’s syndrome* < “síndrome uña-rótula” u “osteonicodisplasia”, *Legg-Calvé-Perthes disease* < *ostéochondrite juvénile de la tête du femur*...).

Van Hoof<sup>96</sup> estableció una clasificación metódica de las diferencias existentes entre los epónimos médicos empleados en inglés y en francés con vistas a la traducción entre estas dos lenguas, y los resultados de su análisis son muy elocuentes: recoge una treintena de ejemplos de cambio de epónimo entre el inglés y el francés, sin tener en cuenta todos los casos en los que se añaden más epónimos en una de las lenguas, o bien, en los que no existe epónimo en una de las lenguas.

### 5.3. *Sinonimia*

Otro problema que se le plantea al traductor es la apabullante cantidad de sinónimos, ya sean eponímicos o no que existen para un determinado epónimo. Por ejemplo, para el *Caffey-Silverman syndrome* (“síndrome de Caffey-Silverman”) existen los siguiente sinónimos en inglés: *Caffey’s syndrome I*, *Caffey-Smyth syndrome*, *Smyth-Caffey syndrome*, *De Toni-Caffey syndrome*, *De Toni-Caffey-Silverman syndrome*, *De*

---

<sup>96</sup> VAN HOOFF, H. (1986).

*Toni-Silvermann-Caffey syndrome, Roske-De Toni-Caffey-Silverman syndrome, Roske-De Toni-Caffey-Smyth syndrome*<sup>97</sup>.

#### 5.4. *Polisemia*

Además, un número nada desdeñable de epónimos son polisémicos, lo que también supone un añadido de dificultad para el traductor, como la “enfermedad de Charcot”, que tiene las siguientes acepciones: claudicación intermitente, esclerosis lateral amiotrófica, artropatía diabética y reumatismo articular crónico; o la “enfermedad de Debove” que puede significar anemia esplénica, osteoporosis senil o diabetes aglucémica<sup>98</sup>, por poner solo un par de ejemplos.

#### 5.5. *Aspectos ortográficos*

Tampoco podemos dejar de lado cuestiones ortográficas relevantes a la hora de traducir epónimos, puesto que, aunque aparentemente el epónimo sea igual en los dos idiomas en los que se trabaja, la ortografía puede cambiar de una lengua a otra. En lo que respecta a la traducción del inglés hacia el español, según Navarro<sup>99</sup>, en muchos casos es más recomendable modificar el nombre propio de un epónimo en inglés al traducirlo al castellano. El motivo principal es que se han transliterado muchos apellidos rusos (no olvidemos que la URSS fue una potencia en el ámbito de la medicina hasta su desaparición) y de otros idiomas al inglés de forma incorrecta. Así, aunque en inglés se escriba habitualmente *Pavlov*, en español sería más correcto emplear la grafía *Pávlov*. Como en otros muchos ejemplos, los médicos anglosajones tienen dificultades con los

---

<sup>97</sup> ENERSEN, O. D.: *Whonamedit? A Dictionary of Medical Eponyms*, s. v. “Caffey-Silverman syndrome” [01-05-2012].

<sup>98</sup> ALEIXANDRE BENAVENT, R.; AMADOR ISCLA, A. (2001), p. 174.

<sup>99</sup> NAVARRO, F. A. (1999), p. 316.

nombres extranjeros, debido a que ellos no emplean acentos, cedillas, diéresis y otros signos ortográficos que sí están presentes en otras lenguas. De ahí que en el ámbito anglosajón se haya extendido por ejemplo la grafía incorrecta para Mara<sup>ñ</sup>ón en la siguiente expresión médica: *Maranon's syndrome*.

## 6. CONCLUSIONES

En el momento actual no son pocas las voces que apoyan la erradicación total de los epónimos de los lenguajes de las ciencias. Sus argumentos no son triviales, pues los problemas que plantean los epónimos son numerosos, tal y como hemos puesto de manifiesto a lo largo de este trabajo. En primer lugar, los epónimos no respetan dos de los principios fundamentales del lenguaje científico, como son la precisión y la univocidad, ya que la sinonimia y la polisemia son dos fenómenos muy asociados con la eponimia. Además, otro de los argumentos en contra del uso de epónimos es que no son fieles a la realidad histórica (ley de Stigler, ley de Boyer, efecto Mateo). Por no hablar de la variación eponímica que existe de una lengua a otra, factor que añade aún más confusión, especialmente para los traductores, que se ven navegando a la deriva en este mar caótico de nombres propios sin ningún tipo de referencia.

No obstante, resulta difícil pensar que los epónimos puedan desaparecer por completo del lenguaje científico y que se pueda producir una rápida y fácil sustitución de los mismos por términos normalizados, puesto que, si los epónimos sobreviven en este ambiente desfavorable es porque aportan más de lo que podrían ofrecer otros recursos lingüísticos<sup>100</sup>.

---

<sup>100</sup> CHUKWU, U. (1996), p. 590.

Hemos presentado diversos ejemplos en los que queda patente que son muchas las personas que han contribuido de manera significativa a ciertos descubrimientos, pero no han recibido el debido reconocimiento. A pesar de ello, es cierto también que los epónimos muestran el lado más humano de la ciencia, y dejan entrever que tras los descubrimientos hay historias humanas de rivalidad, pugnas por la prioridad, y que los científicos e investigadores también son hombres y mujeres con sus debilidades, ambiciones, aspiraciones y miedos.

De alguna manera, y aunque no estemos abogando por el abuso incontrolado de epónimos en cualquiera de los lenguajes de especialidad, los epónimos forman parte inevitablemente del lenguaje científico, para bien o para mal, y por tanto, creemos que es una guerra perdida de antemano el intentar promover su erradicación y sustitución por otro tipo de términos. Está claro que los epónimos, algunos de los cuales tienen siglos de historia en su haber, de momento van a quedarse.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCARAZ ARIZA, M. A. (2002): “Los epónimos en medicina”, *Ibérica*, 4, pp. 55-73.
- ALEIXANDRE BENAVENT, R.; AMADOR ISCLA, A. (2001): “Problemas del lenguaje médico actual. (II) Abreviaciones y epónimos”, *Papeles Médicos*, 10 (4), pp. 170-176.
- BUDRYS, V. (2005): “Neurological Eponyms Derived from Literature and Visual Art”, *European Neurology*, 53, pp. 171-178.
- CARTWRIGHT, J. (2000): *Del Flogisto al Oxígeno. Estudio de un caso práctico en la revolución química*, Tenerife: Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia.
- CHUA, C. N.: *Doyne's Hall of Fame, Faces behind ophthalmic eponyms* URL: <http://www.mrcophth.com/ophthalmologyhalloffame/Doynehalloffame.html> [09-05-2012].
- CHUKWU, U. (1996): “Science, dénomination et partage du pouvoir: le cas des éponymes”, *Meta: Journal des traducteurs*, 41 (4), pp. 590-603.
- CINTAS, P. (2004): “The Road to Chemical Names and Eponyms: Discovery, Priority, and Credit”, *Angewandte Chemie International Edition*, 43, pp. 5888-5894.
- COLE, J. H. (2006): “On Eponymy in Economics”, *The Independent Review*, 11 (1), pp. 121-131.



- CRUZ Y CRUZ, S.; *et al.* (2006): “Diagramas de Bianchi para Susy”, *Ciencia ergo sum*, 13 (3), pp. 319-331.
- CUERDA, E.; *et al.* (2011): “Dermatología en la Alemania nazi”, *Actas Dermo-Sifiliográficas*, 102 (6), pp. 423-428.
- DIRCKX, J. H. (1983): *The Language of Medicine. Its evolution, Structure, and Dynamics*, Nueva York: Praeger.
- DUQUE-PARRA, J. E.; *et al.* (2006): “Reflections on Eponyms in Neuroscience Terminology”, *The Anatomical Record (Part B: New Anat.)*, 289B, pp. 219-224.
- Encyclopaedia Britannica*, URL: <<http://www.britannica.com/>> [09-05-2012].
- ENERSEN O. D.: *Whonamedit? A dictionary of medical eponyms*, URL: <<http://www.whonamedit.com/>>, [01-05-2012].
- EZPELETA, D. (2004): “Virtudes e inconvenientes de los epónimos médicos”, prólogo de la siguiente obra: *400 epónimos en neurología*, Barcelona: ESMONpharma.
- EZPELETA, D. (2006): “Epónimos en neurología”, *Kranion*, 6, pp. 52-54.
- FINAZZI, C. M. (1990): “La solución de las ecuaciones algebraicas: una visión histórica”, *Ciencias*, 17, pp. 3-9.
- FRESQUET FEBRIER, J. L.: *Historia de la medicina, Epónimos y listas médicas*, URL: <<http://www.historiadelamedicina.org/epolista.html>> [01-05-2012].
- GARFIELD, E. (1983): “What’s in a Name? The Eponymic Route to Immortality”, *Essays of an Information Scientist*, 6, pp. 384-395.

- GOIC G. A. (2009): “Sobre el uso de epónimos en medicina”, *Revista Médica de Chile*, 137, pp. 1508-1510.
- GONZÁLEZ-LÓPEZ, E. (2010): “¿Hay que seguir utilizando algunos epónimos médicos?”, *Medicina Clínica*, 134 (15), pp. 703-704.
- GRENWOOD, N. N. (2003): “Vanadium to dubnium: from confusion through clarity to complexity”, *Catalysis Today*, 78, pp. 5-11.
- GRIMAL, P. (2008): *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Barcelona: Paidós.
- GUTIÉRREZ RODILLA, B. (1998): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona: Península.
- GUTIÉRREZ RODILLA, B. (2003): “Lo literario como fuente de inspiración para el lenguaje médico”, *Panacea*, 4 (11), pp. 61-67.
- HAMER, R. (1925): “Moseleyum”, *Science*, 61, pp. 208-209.
- HANDS, D. W. (2006): “Priority Fights in Economic Science: Paradox and Resolution”, *Perspectives on Science*, 14 (2), pp. 215-231.
- HAUBRICH, W. S. (2002): “In Defense of Eponyms”, *Science Editor*, 25 (1), p. 31.
- HENWOOD, M. R.; RIVAL, I. (1980): “Eponymy in Mathematical Nomenclature: What’s in a Name, and What Should Be?”, *The Mathematical Intelligenter*, 2 (4), pp. 204-205.
- HERNÁNDEZ, J. (2006): “Los elementos químicos y sus nombres”, *Pliegos de Yuste*, 4 (1), pp. 57-68.

IUPAC (1997): “IUPAC verabschiedet Namen für schwere Elemente. GSI Vorschläge für die Elemente 107 bis 109 akzeptiert”, *GSI-Nachrichten*, pp. 2-3.

IUPAC (2004): “Elements and Groups of Elements (March 04)”, IUPAC Provisional Recommendations, URL: <http://old.iupac.org/reports/provisional/abstract04/RB-prs310804/Chap3-3.04.pdf> [02-05-2012].

JANA, N.; *et al.* (2009): “Current use of medical eponyms – a need for global uniformity in scientific publications”, *BMC Medical Research Methodology*, 9 (18), s. p.

KENNEDY, H. C. (1972): “Who discovered Boyer’s Law?”, *The American Mathematical Monthly*, 79, pp. 66-67.

KEYNAN, Y.; RIMAR, D. (2008): “Reactive Arthritis – The Appropriate Name”, *Israel Medical Association Journal*, 10, pp. 256-258.

KONDZIELLA, D. (2009): “Thirty Neurological Eponyms Associated with the Nazi Era”, *European Neurology*, 62, pp. 56-64.

LIVERANI, M. (2008): *El antiguo oriente: historia, sociedad y economía*, Barcelona: Crítica.

MATTESON, E. L.; WOYWODT, A. (2006): “Eponymophilia in Rheumatology”, *Rheumatology*, 45, pp. 1328-1330.

MERTON, R. K. (1957): “Priorities in Scientific Discovery: A Chapter in the Sociology of Science”, *American Sociological Review*, 22 (6), pp.635-659.

- MERTON, R. K. (1968): “The Matthew Effect in Science. The reward and communication systems of science are considered”, *Science*, 159, pp. 56-63.
- MOYA, V. (2004): “Eponimia y traducción”, en GONZÁLEZ, L.; HERNÚÑEZ, P. (coords.): *Las palabras del traductor*. [Actas del Congreso «El español, lengua de traducción», Toledo, mayo, 2004], Bruselas, pp. 101-117. Disponible en la siguiente URL: <<http://www.esletra.org/Toledo/html/libro.pdf>> [04-05-2012].
- NAVARRO, F. A. (1999): “Apellidos a la inglesa”, *Medicina Clínica*, 112 (8), pp. 316-317.
- O’CONNOR, J. J.; ROBERTSON, E. F.: *Mac Tutor History of Mathematics Archive*, URL: < <http://www-history.mcs.st-andrews.ac.uk/index.html> > [14-05-2012].
- OPRIT-MAFTEI, C. (2009): “Eponyms in the financial vocabulary”, *Translation Studies: Retrospective and Prospective Views*, 2 (5), pp. 84-89.
- POPESCU, F. (2009): “An Approach to Eponyms in Mathematics”, *Translation Studies: Retrospective and Prospective Views*, 2 (5), pp. 106-111.
- RAYNER-CANHAM, G.; ZHENG, Z. (2008): “Naming elements after scientists: an account of a controversy”, *Foundations of Chemistry*, 10, pp. 13-18.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la lengua española* (22.<sup>a</sup> ed.), Madrid: Espasa Calpe.
- SÁNCHEZ RON, J. M. (2003): “Elogio del mestizaje: historia, lengua y ciencia”, [Discurso de ingreso], Madrid: Real Academia de la Lengua. Disponible en Internet:

<[http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/\(voAnexos\)/arch9A557D2D775AA64AC1257148004359D3/\\$FILE/S%C3%A1nchez\\_Ron.htm](http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000001.nsf/(voAnexos)/arch9A557D2D775AA64AC1257148004359D3/$FILE/S%C3%A1nchez_Ron.htm)> [13-05-2012].

SEGURA, J.; RODRÍGUEZ BRAUN, C. (editores) (2004): *An Eponymous Dictionary of Economics: A Guide to Laws and Theorems Named after Economists*, Cheltenham, Reino Unido; Northampton, Estados Unidos: Edward Elgar.

SERWAY, R. A.; *et al.* (2005): *Física moderna*, México, D.F.: Thomson.

SOLAECHÉ GALERA, M. C. (1993): “La Controversia L’Hospital-Bernouilli”, *Divulgaciones Matemáticas*, 1 (1), pp. 101-103.

SOUBRIER, J. (1998): “Problèmes de traduction dans le domaine de la chirurgie orthopédique”, en FÉLIX FERNÁNDEZ, L.; ORTEGA ARJONILLA, E. (coords.): *Traducción e Interpretación en el Ámbito Biosanitario*, Granada: Comares, pp. 251-267.

STIGLER, S. M. (1980): “Stigler’s law of eponymy”, *Transactions of the New York Academy of Sciences*, 11 (39), pp. 147-157.

STROUS, R. D.; EDELMAN, M. C. (2007): “Eponyms and the Nazi Era: Time to Remember and Time for Change”, *Israel Medical Association Journal*, 9, pp. 207-214.

TAGLE, P. (2003): “A propósito del Síndrome de Claude Bernard-Horner”, *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 41 (3), pp. 228-230.

US NATIONAL INSTITUTE OF HEALTH (USNIH); US NATIONAL LIBRARY OF  
MEDICINE (USNLM): *MedLine Plus*, URL:  
<<http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/>> [09-05-2012].

VAN HOOFF, H. (1986): “Les éponymes médicaux : essai de classification”, *Meta: journal des traducteurs*, 31 (1), pp. 59-84.

VV. AA.: *Biografías y vidas*, URL:  
<<http://www.biografiasyvidas.com/monografia/fleming/penicilina.htm>> [09-05-2012].

WHITWORTH, J. (2007): “Head to Head. Should eponyms be abandoned? No”, *British Medical Journal*, 335, p. 425.

WOYWODT, A.; MATTESON, E. L. (2006): “Wegener’s granulomatosis – probing the untold past of the man behind the eponym”, *Rheumatology*, 45, pp. 1303-1306.

WOYWODT, A.; MATTESON, E. L. (2007): “Head to Head. Should eponyms be abandoned? Yes”, *British Medical Journal*, 335, p. 424.

WOYWODT, A.; *et al.* (2010): “Tainted eponyms in medicine: the ‘Clara’ cell joins the list”, *European Respiratory Journal*, 36 (4), pp. 706-708.

WRIGHT, V. (1991): “In defence of eponyms”, *British Medical Journal*, 303, pp.1600-1602.

ANEXO I MODELO DE AUTORIZACIÓN PARA EL REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL

**AUTORIZACIÓN PARA LA INCORPORACIÓN DEL TFG AL  
REPOSITORIO INSTITUCIONAL DE LA UNIVERSIDAD**

D<sup>a</sup> CAROLINA ESTEBAN ARREA con D.N.I. 71300868 V

AUTORIZO que el Trabajo de Fin de Grado titulado “La eponimia en el lenguaje científico: razones de su existencia y problemas que plantea”, sea incorporado al Repositorio Institucional de la Universidad de Salamanca en caso de que sea evaluado positivamente con una nota numérica de 9 o superior.

Salamanca a 22 de junio de 2012

Fdo.....